BISSON

El difunto Toupinel

(Feu Toupinel)

Comedia eu tres actos y en prosa

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1914

El difunto Toupinel

EL DIFUNTO TOUPINEL

(FEU TOUPINEL)

Comedia en tres actos, en prosa, escrita en francés

por

BISSON

y arreglada a la escena española

por

JULIÁN ROMEA



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES QUE LA ESTRENARON EN BARCELONA	ACTORES QUE LA ESTRENARON EN MADRID
Valentina. . . .	D.ª Eloisa Gorriz	Srta. Martínez (Julia)
Angela.	» Carmen Valero	» Bernal
Josefina	» Carolina Cruz	» Cancio
Rosalía.	» Dolores Ruiz	» Molina (Amparo)
Duperron. . . .	D. Julián Romea	Sr. Rossell (Ramón)
El Capitán Mateo.	» Carlos Miralles	» Balaguer
Valaury	» Mariano Larra	» Fornoza
Francisco. . . .	» Casimiro Ortas	» Martínez
Letellier	» Alfredo Alcón	» Montenegro (José)
Pitel.	» Rafael Bermúdez	» Urquijo
Un mozo	» Sebastián Daina	» Ponzano

La escena, en París.—Época, actual
Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante en casa de Duperron. Puertas laterales en primer término. Ventana o balcón foro derecha. Puerta foro izquierda. En segundo término derecha, un piano; izquierda, un bureau de señora. Velador en el centro. Sofá en el proscenio izquierda. Muebles elegantes. Chimenea en el centro del foro.

ESCENA PRIMERA

DUPERRON, FRANCISCO, luego VALENTINA

FRAN. (Entrando por el foro.) A mí me parece, señor.

DUP. ¡Basta! ¡No admito réplicas!

FRAN. Pero señor.

DUP. ¡Basta, he dicho! Aquí se hace lo que yo mando. Entra usted en mi alcoba; descuelga usted el retrato del señor Toupinel y lo coloca aquí, en este gabinete; sobre la chimenea; en mi cuarto encontrará usted clavos y martillo. ¿Entiende usted?

FRAN. Sí señor, sí.

DUP. Pues andando... y tengamos la fiesta en paz.

VALENT. (Saliendo primera izquierda con traje negro.) ¿Qué es eso?

DUP. Nada; este Francisco, que tiene el vicio de replicar a todo.

FRAN. (En tono triste.) Es que el señor me trata siempre con un rigor... con una dureza... que... vamos... ¡que me hiere en lo más hondo! El

señor Toupinel... ¡Ah! aquel excelente amo, no me trató jamás así.

DUP. (¡Y dale!)

FRAN. Me miró siempre como a un amigo. ¡Ah, señor! ¡me ha dado usted un disgusto horrible! atroz!... Me ha hecho usted mucho daño. ¡Mucho daño! (**Casi llorando.**)

VALENT. Bien, bien; traiga usted el gabán y el sombrero del señor.

FRAN. Voy, señora. (¡Ah! ¿Por qué se habrá casado otra vez esta mujer?) (**Vase primera derecha.**)

DUP. ¡Este criado es insoportable!

VALENT. Pero es muy fiel y muy cariñoso, y ya sabes que los criados fieles son hoy muy raros de encontrar.

DUP. Pero, mujer, si no hace nada en todo el día; si no trabaja...

VALENT. Eso es verdad... pero es muy cariñoso y muy fiel. Vamos a ver: ¿por qué le reñías?

DUP. Porque le acabo de dar una orden... y se resistía a obedecer..

VALENT. ¿Y qué órden era esa?

DUP. Era... verás... era una idea que he tenido a propósito del retrato del... de tu primer marido.

VALENT. ¿De Toupinel?

DUP. Sí, le he dicho que lo saque de nuestra alcoba...

VALENT. ¿Cómo?

DUP. Es decir... me parece a mí que allí no está en su sitio.

VALENT. ¡Calla! ¿y por qué?

DUP. Te diré: creo yo que allí no le da bien la luz.

VALENT. Yo creo que sí.

DUP. No, no: verás... como está así... de costado y la luz.., entra así... de frente... ¿eh?

VALENT. Pues a mí me parece...

DUP. Mira, hija mía: hablando con franqueza... me molesta; sí, esa es la palabra, me molesta. (**Gesto de Valentina.**) Escucha, Valentina: tu

tienes mucho talento y debes comprender bien lo que voy a decirte. Por las mañanas, al despertarme, y por las noches, cuando me acuesto, siempre tropieza mi vista con aquella fisonomía tan... vamos, tan... expresiva. Algunas veces hasta parece que se burla. Y hay momentos en que, no es aprensión... en que se ríe de mí.

VALENT. ¡Pero, hijo! Sebastián, ¿estás loco?

DUP. En fin... vamos, que me contraría mucho su presencia en aquel sitio. Y además, tú sabes muy bien que nunca molesté yo al difunto Toupinel en... en el ejercicio de su vida privada: no tuve siquiera el honor de conocerle; me parece justo que me deje disfrutar con tranquilidad las delicias del hogar doméstico.

VALENT. ¡Pero hombre!

DUP. ¡Qué diablo! En los seis meses que llevamos de matrimonio no se oye en esta casa hablar más que del difunto. Tú, los criados, todo el mundo. Francamente, hija mía, eso no me halaga mucho que digamos.

FRAN. (**Por la primera derecha con el gabán y el sombrero de Duperron.**) Aquí está esto, señora.

VALENT. Déjelo ahí. (**En una silla. A Duperron.**) (Mírale qué triste está. Vamos, Sebastián mío: ¡dile alguna frase cariñosa a ese pobre chico!)

DUP. (¿Cariñosa?)

VALENT. (Sí; yo te lo agradeceré con toda mi alma.)

DUP. (Bueno, mujer, bueno.) (**A Francisco.**) Oiga usted, Francisco.

FRAN. ¿Señor?

DUP. Según me han dicho, lleva usted ya doce años al servicio de la señora.

FRAN. El día del Corpus los cumplí.

DUP. Bueno; pues desde hoy le consideraremos a usted no como a un criado, sino como a un individuo de la familia.

FRAN. ¡Ah! señor!...

DUP. Desde hoy, por lo tanto, suprimimos a usted el salario.

FRAN. ¿Cómo?

VALENT. ¿Qué?

DUP. Vaya usted a hacer lo que le he dicho. (**Sentándose en el sofá.**)

FRAN. Bien, señor. (Y yo que iba a pedir que me lo subieran.) (**Vase primera izquierda.**)

ESCENA II

DUPERRON, VALENTINA.

VALENT. ¡Pero hombre! eso, más que un consuelo, ha sido una burla.

DUP. ¡Cómo! ¿no te han parecido cariñosas mis palabras?

VALENT. Bueno, bien, yo le contentaré. Y vamos a ver: ¿qué es lo que piensas hacer con ese retrato? (**Sentándose al lado de Duperron.**)

DUP. Pues mira, hija mía: si no fuera por temor de contrariarte, yo ya se lo hubiera regalado a algún amigo. Pero... tranquilízate: voy a colocarlo aquí, en este gabinete. Ahí, en el sitio de preferencia. ¿Estás contenta?

VALENT. Oh! sí: gracias, Sebastián. ¡Qué bueno eres!

DUP. Te advertiré, no obstante, que he ordenado a Francisco, si le preguntan de quién es ese retrato, que diga que es de un primo mío que está en Caracas... dedicado al comercio del cacao.

VALENT. ¿Y por qué?

DUP. Porque nadie encontrará natural y lógico que yo conserve en mi casa el retrato de mi antecesor. Tendré que hablar de él. Tendré que dar sus datos biográficos, y hasta me veré precisado a hacer su panegírico, y eso... francamente: eso se me resiste un poco.

VALENT. ¡Pero qué! ¿tendrías acaso celos de Toupinel?

DUP. Celos... precisamente, no, pero... (**Sentándose a su lado.**)

VALENT. ¡Ah, vamos! ¿Me censuras que me haya casado antes con él que contigo?

DUP. ¡Calla, tonta! Eso de ningún modo. No, no, y cree que no me disgusta ver que le guardas esos recuerdos tan piadosos.

VALENT. Como te los guardaría a ti si por desgracia...

DUP. Gracias, hija, muchas gracias.

VALENT. Porque yo soy contigo tan dichosa como lo fuí con aquel bendito. ¡Oh! ¡Yo sí que puedo decir que he tenido suerte! He tropezado con dos hombres juiciosos, amables, fieles... digo, yo al menos lo supongo.

DUP. Esa suposición, ¿se refiere a mí o al otro?

VALENT. ¡Ah, el otro! El otro no se separó de mí ni un solo instante.

DUP. ¡Qué exageración! ¡Ni un solo instante!

VALENT. Ni uno solo.

DUP. Sin embargo, tú me has dicho que él hacía frecuentes viajes a Tolosa, y que allí solía pasar meses enteros.

VALENT. Sí, como era cosechero de vinos y allí tenía sus vinos y sus bodegas... Pero yo le acompañaba siempre.

DUP. ¿Siempre?

VALENT. Ya lo creo. (Ni una sola vez: pero más vale que lo crea.) Ni él ni yo hubiéramos soportado una larga ausencia. **(Se levanta.)**

DUP. Ya... vamos; no te fiabas gran cosa de su virtud.

VALENT. ¡Oh! ¡No! Yo tenía en él, como tengo en ti, absoluta confianza. Pero la mujer no debe abandonar nunca a su marido. Acuérdate de los consejos que nos dió el señor cura el día de nuestra boda. ¡Ea, vámonos! Ponte el gabán y el sombrero, que vamos a llegar tarde.

DUP. **(Poniéndose el gabán ayudado de Valentina.)** ¿A dónde?

VALENT. Pues ¿no lo sabes?

DUP. No, ¿dónde vamos?

VALENT. A la Magdalena.

DUP. ¡Ah!

VALENT. A la misa de aniversario del pobre Toupinel...

DUP. ¡Ya!

VALENT. Hoy hace justos dos años que a esta hora recibía yo su último suspiro.

DUP. No digo lo contrario. Pero no veo la razón para que yo vaya. Yo no perdí en él un ser querido como tú; y no creas tampoco que le lloro como tú le lloras.

VALENT. ¿Llevas los guantes?

DUP. **(Buscando en los bolsillos.)** Sí, aquí los debo tener. Y dime: ¿qué voy yo a hacer a la Magdalena?

VALENT. Acompañarme.

DUP. ¿Hasta la puerta? Concedido. **(Se pone los guantes claros.)**

VALENT. No, Sebastián. Tú entrarás conmigo en la iglesia.

DUP. ¡Pero mujer, eso es ridículo!

VALENT. Porque ese es mi deseo...

DUP. Valentina...

VALENT. Y tú no dejarás de complacerme.

DUP. Sin embargo...

VALENT. Y tú oirás la misita a mi lado... pero no con esos guantes.

DUP. ¿Qué?

VALENT. Que voy a traerte otros negros.

DUP. ¡Cómo! ¿Pretendes que me ponga luto por tu primer esposo? No, hija mía, tanto como eso no. Me quitaré éstos, pero nada más.

VALENT. Corriente: pero vamos.

DUP. ¡Ah, Valentina! ¡Cómo se reirá de mí el que sepa que he ido a llorar contigo a tu primer marido!

VALENT. Pero como no lo sabrá nadie, nadie se reirá de ti, y tú, en cambio, habrás otorgado a tu mujercita un favor que ella te sabrá agradecer.

DUP. Bueno; consiento, pero con una condición.

VALENT. ¿Cuál?

DUP. Que si vuelves a enviudar y contraes terceras nupcias...
VALENT. ¡Por Dios!
DUP. Obligarás a mi sucesor a que me llore.
VALENT. ¿Quieres callar?
DUP. Le obligarás... Júrame que le obligarás. (**Salen puerta foro. Entra Francisco primera izquierda con el retrato de Toupinel al óleo y de un metro de altura, martillo y clavos.**)

ESCENA III

FRANCISCO; luego VALAURY y ANGELA.

FRAN. ¡Ay amo mío! ¡Mi querido amo! ¡Ya nadie te quiere en esta casa! Hoy te sacan de la alcoba para traerte al gabinete; mañana te enviarán a la cocina, y pasado, a la guardilla o a la prendería de la esquina. ¡Así acaban todos! El hombre que muere antes que su esposa no debe retratarse nunca. (**Apoya el retrato contra la chimenea con la pintura hacia la pared. Sube en una silla y clava un clavo encima de la chimenea.**)
VALA. (**Entrando con Angela.**) ¿Quién da esos golpes? ¡Ah! es Francisco.
FRAN. (**Bajando de la silla.**) (Los vecinos de arriba.)
VALA. ¿Está la señora?
FRAN. No, señor de Valaury: los señores han salido.
VALA. Traía este dúo para dos voces y cuatro manos, que debemos cantar esta noche en el concierto de casa. Se lo dejaré aquí, sobre el piano.
FRAN. Bien, señor.
ANG. ¡Ay, Dios mío, qué aturdida soy!
VALA. ¿Qué te pasa?
ANG. Que me he dejado en casa el devocionario. Voy a buscarle.
FRAN. ¿Quiere la señora que suba yo por él?

ANG. Bueno, Francisco, muchas gracias. Pidáselo a Rosalía, que ella sabe donde está.

FRAN. Está bien, señora. (Sale foro.)

ESCENA IV

ANGELA y VALAURY.

ANG. ¿Conque te empeñas en acompañarme?

VALA. Sí.

ANG. Hasta la iglesia.

VALA. Hasta dentro de la iglesia.

ANG. Como gustes; pero yo creo que no estará bien visto.

VALA. No sé por qué.

ANG. ¡Asistir tú a la misa de aniversario del difunto Toupinel!

VALA. ¿Y qué? ¿No fué un cariñoso amigo? ¿No me legó, al morir, un magnífico retrato suyo al óleo? ¿No conservo yo ese retrato como una reliquia?

ANG. Sí, tasada en quince mil francos.

VALA. Bueno; tanto mejor. Pero ¿por qué no debo yo asistir a esa misa?

ANG. Porque él fué mi primer marido.

VALA. ¿Y acaso no sé yo que no lo fué?

ANG. Para ti; pero no para los demás. Huérfana yo a los diez y ocho años y sin más protección que la suya, por promesa hecha a mi padre, su antiguo socio, al buen señor se le ocurrió instalarme en su villa de Tolosa. Como él habitaba en París y me tenía que dejar sola y en poder de criados, ideó la traza de presentarme en Tolosa como esposa suya con el objeto de hacerme respetar de las gentes. ¡Ah! ya sabes cuántos disgustos me costó aquella determinación. Yo era joven, no fea, y, naturalmente, no me faltaron pretendientes. No podía escuchar a ninguno, porque mi fingido estado de casada me lo impedía, pero tampoco podía resistir los

impulsos de mi corazón, puesto que sabía que escuchando vuestros galanteos no ofendía a nadie. Pero ¿y el mundo? ¿Qué pensó de mí el mundo? Ya decidida a romper por todo, y deshacer el error en que las gentes vivían, la muerte sorprendió a mi bienhechor, y cuando quise abrir paso a la verdad ya era tarde. Ninguna disposición dejó a mi favor, y me encontré sola, abandonada y siendo objeto de todas las murmuraciones. Y a no ser por ti...

VALA. Que conocía tu situación y te ofrecí mi mano, arrostrando la maledicencia del mundo...

ANG. Sacrificio que yo te pago con todo mi cariño. En aquellos momentos, bien lo sabes, dudé entre declarar la verdad o seguir siendo la viuda de Toupinel.

VALA. Y yo te aconsejé esto último, como más conveniente para los dos, porque del otro modo, tu antigua posición cerca de Toupinel hubiera sido caso de horribles comentarios; yo, al fin y al cabo, me he casado con la viuda de Toupinel, si las gentes supieran que no lo eras, ¿con quién dirían que me he casado? Ya ves que eso me haría poco favor. Porque si para el mundo no has sido tú la esposa de Toupinel ¿qué has sido entonces?

ANG. Cierto, Hércules mío: pero olvidemos lo pasado y vuelvo a mi pregunta: ¿Para qué quieres tú asistir a la misa que he mandado decir en San Agustín por el alma de mi protector?

VALA. Porque ya sabes que a mí me gusta ir contigo a todas partes. En una palabra, porque soy muy celoso, ya te lo he dicho mil veces.

ANG. Pero ¿no tienes confianza en mí?

VALA. ¡Oh, absoluta! Pero...

ANG. Pero ¿qué?

VALA. ¡Silencio! Viene gente.

ESCENA V

Dichos, FRANCISCO, luego ROSALÍA

FRAN. Aquí viene Rosalía, señora.

ANG. Está bien; gracias, Francisco. (Francisco vuelve a ocuparse del retrato.)

ROSA (Saliendo foro.) Señora, aquí está el libro. Vengo también a preguntar a usted a qué hora desea el almuerzo. (Angela habla aparte con ella.)

VALA. (En todas partes me figuro ver los antiguos pretendientes de mi esposa, y estoy por este motivo muy inquieto. Pero mucho.)

ANG. (A Valaury.) ¿Vamos?

VALA. Vamos. (Pero muy inquieto.) (Salen.)

ESCENA VI

FRANCISCO y ROSALÍA

FRAN. Dime, Rosalía: ¿Por qué han despedido tus amos a Faustino?

ROSA. Porque el señor le sorprendió el otro día escuchando detrás de la puerta del gabinete de la señorita.

FRAN. Es un vicio muy feo: sobre todo cuando uno no está seguro de que no le han de sorprender.

ROSA. Lo echaron a la calle; pero él se marchó jurando que se había de vengar.

FRAN. ¿De qué modo?

ROSA. ¡Ah! eso no me lo dijo.

FRAN. (Tomando el cuadro para colgarlo.) ¿De manera que estáis sin criado hace ocho días?

ROSA. Sí: ¿y si vieras qué aburrido es eso? (Reparando en el cuadro.)

ROSA. ¡Calla! ¿de quién es ese retrato?

FRAN. (Confidencialmente.) Este es el primer retrato (1) del marido de mi señora.

(1) No es equivocación, aunque lo parece.

ROSA. ¡Ya! Pues mira: juraría que se parece... sí, sí, no hay duda. **(Sentada.)**

FRAN. ¿A quién?

ROSA. A un retrato que tenemos nosotros en la sala. Es decir, ahora está en casa del dorador para restaurarle la moldura.

FRAN. ¿Retrato del señor o de la señora?

ROSA. No sé; como no llevo en la casa más que tres meses...

FRAN. ¡Ya! no has podido adivinar todavía al sexo a qué pertenece.

ROSA. Pero no puede darse más parecido: los ojos, la nariz, la boca, ¡todo! Sin embargo, el nuestro tiene la cara más alegre que éste; y una expresión... un airecillo así de... calavera, de conquistador.

FRAN. ¡Ah! pues éste no fué nunca nada de eso. Mi pobre amo se cuidaba mucho. No trasnochaba, ni malgastaba la vida como otros.

ESCENA VII

Dichos, LETELLIER y PITEL

PITEL ¡Buenos días, Francisco!

FRAN. (¡Calla! ¡el casero!) Buenos días, señor Pitel. Pasen ustedes.

PITEL Diga usted a los señores que el señor Letellier, notario de Tolosa, desea verlos.

FRAN. Los señores han salido.

PITEL ¿Tardarán mucho?

FRAN. Yo creo que no. Hazme el favor, Rosalía. **(Pidiéndole el cuadro, que aquélla le da.)**

LETE. Tienen la casa puesta con mucho gusto los señores Duperron.

PITEL ¡Ya lo creo!

LETE. Y es bonito el cuarto.

PITEL Pues no les llevo más que siete mil francos anuales. Cuando, por encargo tuyo, fuí a ver a la señora viuda Toupinel, para el asunto

de sus viñas de Tolosa, aproveché la ocasión para ofrecerle este cuarto, que me alquiló en seguida. Luego se casó y siguió viviendo en él.

LETE. ¡Ya, ya! Tú no pierdes ripio. (Mirando el reloj.) ¿Tendremos tiempo de ir a casa de los señores de Valaury antes de almorzar?

PITEL Ya lo creo. En un minuto estamos allí.

LETE. ¿Tan cerca viven?

PITEL Aquí arriba.

LETE. (Vivamente.) ¡Cómo! ¿Aquí mismo?

PITEL Sí; en el segundo.

LETE. (Riendo.) ¡En la misma casa! ¡Tiene gracia!

PITEL Hace seis meses me enviaste una visita con el señor Valaury, que venía a trasladar su domicilio a París.

LETE. Sí; deseaba cambiar de aires.

PITEL Me encargaste que le diera cuantas noticias deseara; que le aconsejase...

LETE. Cierto.

PITEL. Y lo primero que le aconsejé fué que me alquilara este piso segundo, que tenía desalquilado hacía cuatro años.

LETE. ¡Pues la has hecho buena!

PITEL ¿Cómo?

LETE. (A Francisco.) ¿Sabe usted si los señores de Valaury están en casa?

FRAN Han salido también, caballero.

LETE. ¿Está usted segura?

ROSA Segurísima, como que estoy a su servicio. (A Francisco.) Adiós, Francisco. (Vase foro)

PITEL Hoy no encontramos a nadie en casa.

FRAN. Si los señores quieren esperar.

LETE. (Acercándose al retrato.) ¡Diablo! ¡No me equivoco! es él.

FRAN. ¡Ah! observa usted el retrato. Es de un primo del señor Duperron.

LETE. ¿Qué?

FRAN. Que está en la Habana, dedicado al chocolate. (Yo creo que fué esta la consigna.)

LETE. ¡Calle usted, por Dios! Si este retrato es de Toupinel; de mi querido amigo Toupinel.

PITEL. ¡Ah! (Mirando el cuadro.)
FRAN. Dispense usted, caballero...
LETE. Vaya, estoységurísimo.
FRAN. Pues bien, señor... es verdad.
LETE. Y entonces, ¿por qué dice usted que...
FRAN. Esa es la consigna que me han dado.
LETE. ¡Qué rareza!
FRAN. ¿Usted le conoció, caballero?
LETE. ¡Ya lo creo! En Tolosa.
FRAN. Efectivamente. Iba allí con mucha frecuencia.
LETE. (Como que tenía allí muchas... ocupaciones).
FRAN. ¡Ah! ¡Caballero! ¡Qué tiempos aquellos! (Vase.)

ESCENA VIII

LETELLIER y PITEL.

LETE. ¡Qué aventura, chico, qué aventura!
PITEL ¿Sí? ¿cuál?
LETE. ¿Cómo demonios se te ocurrió alquilar un cuarto a los señores de Valaury?
PITEL ¡Toma! Porque lo tenía vacante.
LETE. ¿Y habitando debajo los señores Duperron?
PITEL Sí, ¿y por qué no?
LETE. Por causa del difunto Toupinel.
PITEL ¿De ese señor tan digno, tan austero, tan grave al parecer?
LETE. ¡Sí, sí; austero! ¡Buen pez estaba el tal Toupinel!
PITEL. ¡Bah!
LETE. Tenía en Tolosa una sucursal de su gran comercio de vinos de París. Compró allá unos viñedos, y esto le obligaba a hacer frecuentes viajes entre el Sena y el Garona. Sus negocios de Tolosa le dejaban siempre quince o veinte días libres, para pasarlos descansadamente en una deliciosa «villa» que adquirió a un par de kilómetros de la ciudad, y en la cual instaló, con gran con-

fort, a una rubita encantadora, a la que las gentes de la comarca dieron en llamar, por apodo, «la tortolita.»

PITEL ¡Demonio! ¿Y su pobre mujer no llegó a sospechar nada?

LETE. ¡Jamás! Ella se quedaba siempre en París, al cuidado de su casa, y en Tolosa nadie sospechaba su existencia. Toupinel, para evitar que aquellos amores clandestinos le perjudicaran en su crédito comercial, hacía pasar a la rubita por su esposa legítima. ¡Figúrate tú! Aquella gente sencilla y bonachona creyó el chanchullo con la mejor buena fe del mundo.

PITEL Fíese usted de las apariencias.

LETE. En mi calidad de notario, yo sólo conocía el secreto, pero no del todo: porque Toupime dijo que la muchacha era huérfana de un socio suyo, y que le había dado aquel título para hacerla respetar. Yo hice como que le creía, pero ¡figúrate tú si a un hombre tan corrido como yo podía engañarle un vinatero tan cándido como aquél!

PITEL ¡Ya lo creo!

LETE. El buen señor quiso hacer donación a su amante de la «villa» que habitaba; pero el pobre murió sin haber podido firmar la escritura.

PITEL ¿Y qué ha sido de la finca?

LETE. La he vendido, al par que los viñedos, y vengo a traer a la ex-viuda Toupinel, hoy señora Duperron, las cuentas de aquella liquidación.

PITEL ¡Pobre señora! Le vas a dar un disgusto: porque tendrás que entrar en detalles y pormenores.

LETE. No, no sabrá nada.

PITEL ¿Y cómo vas a explicar la existencia de esa finca?

LETE Todo lo tengo previsto. Voy a entenderme directamente con el señor Duperron y le pondré al corriente. Los hombres siempre

somos más tolerantes, ¿comprendes? Él tomará las cuentas, y su mujer no tendrá más que firmar los recibos.

PITEL Buena idea. ¿Y dime, qué ha sido de la otra viuda Toupinel?

LETE «¿La tortolita?» Se consoló en seguida, y hoy día es la esposa del más inocente, del más bonachón de sus admiradores (porque tuvo varios): de un compositor de música ignorada y sólo conocida en su casa.

PITEL ¿Valaury?

LETE. El mismo.

PITEL ¿Entonces, «la tortolita» es la esposa del músico?

LETE. Como te lo he dicho, y he aquí que, gracias a tu imprevisión, las dos rivales se encuentran viviendo bajo el mismo techo.

PITEL ¡Caramba! ¡quién podía sospechar!... Con todo, es posible que no se visiten, o al menos que no lleguen a intimar.

LETE. ¡Hum!... ¡qué sé yo! Los criados se conocen ya, tú lo has visto.

PITEL Es cierto, y si ellas llegaran a hacerse amigas y una imprudencia descubriese...

LETE. Y nada más fácil; una simple palabra; una confidencia, que entre mujeres es cosa corriente... El solo nombre de Toupinel lanzado al azar en la conversación...

PITEL Pues ¿y este retrato? Si lo llegara a ver la de arriba...

LETE. Alguien llega.

ESCENA IX

Dichos. DUPERRON, luego FRANCISCO.

DUP. ¡Oh amigo Pitel! ¡Cuánto siento haber hecho esperar a ustedes! Ya me ha dicho Francisco...

PITEL Permítame usted que tenga el gusto de presentarle a uno de mis mejores amigos, el

señor Letellier, notario de Tolosa, con el que, según informes, tiene usted algunos negocios que tratar.

DUP. ¿Negocios? ¿yo? No, no... creo.

LETE. Con motivo de la liquidación de los bienes del difunto señor Toupinel.

DUP. (Por todas partes me sale al encuentro ese difunto.) ¡Ah! ¿Se trata del señor Toupinel? Entonces perdone usted pero esos asuntos son de la exclusiva competencia de mi señora.

LET. Sí; pero...

DUP. Yo me guardaré muy mucho de mezclarme, siquiera fuera indirectamente, en una cuestión que no...

LETE. Cuando usted sepa...

DUP. Yo no tengo nada que ver con esa liquidación, ni quiero oír hablar de semejante cosa.

LETE. Perdone usted si insisto. Pero por razones especiales, tan importantes como delicadas, creo yo que es preferible...

DUP. (Con sequedad.) No soy de esa opinión, caballero. Usted tiene sus razones, que juzga buenas: yo tengo las mías, que considero excelentes... y le suplico a usted que no hablemos más de un asunto que me es por todo extremo desagradable.

LETE. Basta, caballero; estoy conforme. (Tanto peor para ella.)

FRAN. (Entrando.) ¡Señor! Ahí está un caballero que desea verle.

DUP. ¿Ha dicho su nombre?

FRAN. El capitán Mateo.

DUP. ¡Cómo! ¡Mateo! ¡Mi querido amigo Mateo! Que pase, que pase en seguida.

LETE. ¿El capitán Mateo? ¿Del 86 de línea?

DUP. El mismo: ¿le conoce usted?

LETE. Sí, estaba de guarnición en Tolosa hace tres años.

DUP. Ciertamente.

LETE. A poco partió para el Tonkín.

DUP. Justo. ¡Oh, qué deseos tengo de verle!
LETE. (Aparte a Pitel.) ¡Otro amigo de Toupinel en Tolosa!
PITEL ¡Ah!
LETE. Y un gran admirador de «la tortolita».

ESCENA X

Dichos, MATEO

DUP. ¡Mateo!
MAT. ¡Querido Duperron!
DUP. ¡Qué agradable sorpresa!
LETE. Señor capitán...
MAT. ¡Calla! el notario! ¿Y cómo va desde hace tres años? ¿Reside usted ahora en París?
LETE. Por unos días solamente.
DUP. El señor Pitel, propietario de esta casa.
MAT. ¡Muy señor mío! ¡A la orden!
PITEL Servidor.
DUP. ¿Conque ya estás de vuelta?
MAT. Sí. Vengo a curarme; estoy muy malo.
DUP. ¿Que estás enfermo?
MAT. ¡Horriblemente enfermo, chico! Unas crisis de estómago feroces, que me atacan cuando como mucho o cuando como de prisa.
DUP. ¡Bah! eso no será grave.
MAT. No, no es grave, gracias al método curativo que empleo.
DUP. ¿Cuál es?
MAT. La «metaloterapia». ¡Oh! me prueba muy bien. Pero chico, ¡qué enfermedad! Entra de pronto. ¡¡¡Prum!!! de golpe. ¡Fiebre! ¡delirio! ¡qué sé yo! ¡Demonios coronados! Allá se llama esto la «gastritis» tonkinesa. Por esta causa pedí, y me concedieron, una licencia por un año, que voy a pasármelo en la Argelia.
DUP. ¿Y desde cuando estás en París?
MAT. Desde ayer tarde. Esta mañana fuí al ministerio a presentarme y ahora vengo decidido a almorzar contigo.

DUP. Con mucho gusto.
MAT. En seguida me largo.
DUP. ¿Tan pronto?
MAT. Tengo mis razones. Ya te contaré...
PITEL Yo me retiro. Señor Duperron...
LETE. Tendré el honor de volver.
DUP. Dentro de media hora, a más tardar, estará en casa mi señora.
MAT. (¡Cuerno! ¡su señora!)
LETE. Pues entonces hasta luego, capitán. (**Vase con Pitel.**)
MAT. Adiós, notario. (¡Pero será posible! ¡Casado! ¡El! el célibe recalcitrante!) (**A Duperron.**) Pero ¿te has casado tú? ¡Tú!

ESCENA XI

DUPERRON, MATEO.

DUP. Hace seis meses. ¿No te lo figurabas, eh?
MAT. Que el diablo me lleve si lo hubiera sospechado nunca. ¡Tú! ¡Duperron! Dime, chico: ¿se puede fumar?
DUP. Sí, hombre; fuma cuanto quieras.
MAT. ¿La señora lo permite? (**Enciende un cigarro.**)
DUP. Mi mujer lo permite todo, es un ángel.
MAT. Naturalmente; a ti te lo parecerá.
DUP. ¡Oh! y a ti también en cuanto la veas.
MAT. ¡Duperron! (**En tono trágico.**) Eres un traidor.
DUP. ¿Eh?
MAT. ¿No te acuerdas ya de lo que me juraste?
DUP. ¿Qué te juré yo?
MAT. ¡Mentecato! Tú me dijiste un día, con profundo acento de convicción, lo siguiente: «Si alguna vez me asaltara la malhadada idea de casarme, te suplico, mi buen Mateo, que me levantes la tapa de los sesos. Será un favor que te agradeceré después toda mi vida.»
DUP. Bueno: pero yo no había previsto que iba a encontrar una mujer como la que tengo.

¡Ah! ¡Es una perla, Mateo! Una verdadera perla.

MAT. ¿Del país o de Ceilán?

DUP. Te suplico que suprimas tus chistes de cuartel.

MAT. ¡Hola! ¿Te escuecen?

DUP. Mi esposa es una mujer encantadora, buena, dulce, virtuosa, y con ella estoy seguro de no ser engañado jamás.

MAT. ¿Seguro?

DUP. Segurísimo.

MAT. ¿Has tenido ocasión de comprobarlo?

DUP. Perfectamente. Ya ves, es viuda.

MAT. ¡Ya!

DUP. Una viuda de reputación sin tacha y de virtud indomable.

MAT. Eso ya es una garantía.

DUP. El pasado responde del porvenir. Por consiguiente, estoy libre de inquietudes, de sospechas y de celos.

MAT. ¿De manera que eres dichoso?

DUP. Completamente. Soy objeto de mil cuidadados, de exquisitos mimos. En fin, chico, yo creo que tú debías imitar mi ejemplo y casarte.

MAT. ¿Yo?

DUP. ¿Quieres que yo te busque una buena esposa?

MAT. ¿Una viuda como la tuya?

DUP. Sí; a ser posible una viuda reflexiva y juiciosa. Las muchachas jóvenes y solteras son, generalmente, coquetas, caprichosas o exigentes. Estoy seguro de que si los hombres nos casáramos siempre con viudas seríamos completamente felices. Conque, vamos: ¿quieres que yo me encargue de ese asunto?

MAT. No, no, muchas gracias. Ahora vengo a reanudar una aventurilla que comencé al marchar de Europa. **(Sentándose en el sofá.)**

DUP. ¡Ah! ¿Alguna intriga amorosa?

MAT. Interrumpida por mi marcha hace tres años.

DUP. ¡Hola, hola!

MAT. (Confidencialmente.) Una casadita encantadora, a quien pienso ir a buscar después del almuerzo.

DUP. ¿Y a dónde?

MAT. A Tolosa. Le hice el amor durante seis meses. ¡Oh! Ella se dejaba querer, era muy lista... Y todo esto en las propias barbas del marido. ¡Ja, ja! ¡Pobre Toupinel!

DUP. ¿Eh? (¿Toupinel?)

MAT. El pobre hombre no sospechaba nada. ¡Los hay tan famosos! ¡Ja, ja!

DUP. (No... ¡no es posible!) ¿Has dicho Toupinel?

MAT. Sí. ¿Le conoces?

DUP. He conocido un Toupinel, pero puede que no sea el mismo.

MAT. Es posible. Este es un rico comerciante en vinos. Arístides Toupinel.

DUP. (Mirando el retrato.) (¡Dios mío!)

MAT. Está establecido en París, pero tiene una sucursal en Tolosa y va y viene con frecuencia. ¿Es ese el que tú conoces?

DUP. No; no es ese. (Si ve el retrato soy perdido.)

MAT. Guárdame el secreto ¿eh?

DUP. Sí, descuida. ¿De modo que a quien tú vas a ver después de almorzar es a la señora de Toupinel?

MAT. Sí. ¡Ah, qué impaciencia tengo por verla!

DUP. ¡Ya! Pues... toma, enciende, que se ha apagado el cigarro. (Le da un fósforo, y mientras Mateo enciende vuelve el retrato de cara a la pared. Ocupa su asiento en seguida. (¡Dios mío, Valentina! No es posible; pero sin embargo, yo necesito saber... Y si le hago muchas preguntas sospechará.) ¿Conque la amas mucho, eh?

MAT. ¡Con locura! Es tan linda, tan espiritual, tan sencilla...

DUP. ¿Sencilla, eh?

MAT. Es decir... no deja de rendir culto a la coquetería, como todas. Tiene un juego de ojos... unas miradas... que vamos... si algún

día llegara a enviudar, yo... te lo juro, tampoco me casaba con ella.

DUP. ¿Y... llegó a concederte algún favor?...

MAT. ¡Hombre!

DUP. ¿Eh...? vamos... la verdad, calaverón!

MAT. (Me daré tono.) ¡Algunos! ¡algunos! Paseos por el campo... cenas íntimas... ¿Eh? ¿Comprendes?

DUP. (¡Uf, cómo sudo!) Entonces... tu deber de caballero te obligaría a cumplir como tal, si ella enviudase.

MAT. Te diré: no sé si tendría valor para prescindir de mis teorías y cometer una locura; pero... como sospecho que no era yo solo el que ella distinguía...

DUP. (Desfallecido.) ¡Ah! ¿Erais varios?

MAT. ¿Qué es eso? ¿Te sientes mal?

DUP. No, la debilidad. No me he desayunado hoy todavía.

MAT. Pues eso es. ¿A qué hora se almuerza aquí?

DUP. A las doce.

MAT. (Mirando el reloj.) Pues tengo tiempo de afeitarme y vuelvo.

DUP. (¡Si pudiera conseguir que me dijera su nombre!) Eso es, y de sobremesa me contarás tus amores con Fernanda.

MAT. ¿Cómo Fernanda? ¿Quién es Fernanda?

DUP. Esa, la señora de Toupinel; ¿no me has dicho que se llama Fernanda?

MAT. ¡Calla, hombre! ¡Qué he de decir yo semejante cosa!

DUP. ¡Ah! me pareció oir...

MAT. No, hombre, no; en Tolosa la llamábamos todos «la tortolita».

DUP. ¡Ya! La pusisteis mote, ¿eh?

MAT. Se lo pusieron al verla tan delicada, tan finita, tan...

DUP. ¡Delicioso, chico! ¡Delicioso! ¡Uf!

MAT. ¡Ay tortolita mía! Ea, hasta luego. (Volviéndosa para salir y viendo el cuadro.) ¡Calla! ¿En tu casa se cuelgan los cuadros del revés?

DUP. Para que no tomen polvo. Ahora barren tan mal esos criados...

MAT. ¿Y qué representa ese cuadro?

DUP. ¡Nada! ¡Caza muerta!

MAT. Ea, pues, hasta luego. Saluda en mi nombre a tu mujer. ¡A tu extraordinaria viuda; o mejor dicho, a la viuda del otro! Vaya, adiós.

ESCENA XII

DUPERRON solo.

DUP. ¡Qué horror! ¡Dios mío! ¡Qué horror! (**Volviendo el retrato.**) ¡Mi Valentina! Mi digna esposa... ¡Fíese usted de las viudas! (**Dirigiéndose al retrato.**) ¡Pedazo de alcornoque! ¿Pero así te dejaste engañar? ¿No se te ocurrió vigilar a tu mujer? ¿Qué hiciste durante todo ese tiempo, mentecato? Cuando uno es tan imbécil como tú no se casa... ¡Ahora comprendo por qué tenía ella tanto interés en acompañarte a Tolosa! Es claro, para ver a Mateo y a... los otros. Y tú tomabas eso por una prueba de cariño... ¡Idiota! (**Pausa.**) Después de todo, yo no soy el responsable de aquellas hazañas. Y sólo por la antipatía que me inspira este hombre, me alegraría de su desgracia si no me hubiera casado con su viuda. ¡Nada! que todavía va a resultar que he sido muy afortunado.

ESCENA XIII

DUPERRON y FRANCISCO

FRAN. ¿Señor?

DUP. ¿Qué hay?

FRAN. Esta carta. (**Se la entrega.**)

DUP. ¿De quién?

FRAN. No lo sé, señor.

DUP. ¿Qué has de saber tú, imbécil? (Leyendo.) «Burnisien, joyero. Calle de la Paz.» Oiga usted, Francisco.

FRAN. ¡Señor!

DUP. ¿Sabe usted si la señora recibe visitas cuando yo no estoy en casa?

FRAN. Lo ignoro, señor.

DUP. ¿De veras?

FRAN. Y si lo supiera, mi dignidad me impediría decirlo.

DUP. Bueno; basta.

FRAN. El señor Toupinel no me encargó jamás que vigilase a su señora.

DUP. (No hubiera estado de más.)

FRAN. ¿No desea más el señor?

DUP. Sí.

FRAN. ¿Qué?

DUP. Que se marche usted.

FRAN. (¡Me convierte en espía! ¡Qué humillación!) (Sale foro.)

ESCENA XIV

DUPERRON

DUP. Este debe saber algo, a pesar de su aire hipócrita e ignorante. Este lo sabe todo. Veamos qué me quiere ese joyero a quien no conozco. ¡Una factura! (Leyendo.) «El señor Duperron, debe: Por un collar de escarabajos de oro y brillantes, ocho mil quinientos francos.» ¿Qué es esto? (Se guarda la factura en el bolsillo de su gabán.) ¡Una carta! «Señor Sebastián Duperron. Muy respetable señor. Nuestro corresponsal de Tolosa nos informa de que la señora Toupinel ha dejado en su casa una cuentecita pendiente hace tres años. Habiendo sabido, por conducto de la extinguida casa Arístides Toupinel y Compañía, que dicha señora había contraído segundas nupcias con usted, nos tomamos

la libertad de enviarle la cuenta en cuestión, importante francos ocho mil quinientos. Creemos obrar con prudencia al extender la factura a nombre de usted, hallándonos, sin embargo, dispuestos a hacerlo a nombre de su señora esposa si usted lo juzga preferible. Somos de usted, etc., etc.» (Hablando.) ¿Sí, eh? ¿Conque cuentecitas de aquel tiempo a mí? Pues, he aquí mi respuesta. (Rompe la carta a pedazos y se los guarda.) Bien: ahora calma y meditemos: ¿Qué debo hacer? ¿hablar o callarme? Callar, no cabe duda; callar; vigilarla, y si por desgracia observara conmigo la misma conducta...

ESCENA XV

DUPERRON y VALENTINA

VALENT. (Entrando por el foro.) ¡Adiós, hijito! No dirás que no he sido complaciente. Me he contentado con que me dejaras a la puerta de la iglesia.

DUP. Sí; y te lo agradezco mucho.

VALENT. Llevabas una cara más larga... y todavía te dura: pero no me guardas rencor, ¿verdad? no; tu eres muy bueno; abrázame.

DUP. (Abrazándola.) (¡Si sospechara que lo sé todo!)

VALENT. (Reparando en el retrato.) Mira, pues tenías razón: aquí luce mucho más el retrato. (Contemplándole.) ¡Pobre Arístides! Verdaderamente no he debido volver a casarme tan pronto. Pero... ya se vé... siempre sola...

DUP. (Irónicamente.) A ti te gusta más estar acompañada. ¿Verdad?

VALENT. Al verte, me recordaste tanto a Toupinel...

DUP. ¿Sí, eh?

VALENT. Porque no puedes figurarte los puntos de semejanza que existen entre vosotros.

DUP. ¿Sí, eh?

VALENT. He ahí la razón de que yo sucumbiera tan

pronto. En cuanto te vi me dije: Tiene un carácter bueno y confiado como el otro.

DUP. ¡Ya!

VALENT. Mi vida será siempre la misma y seguiré siendo dichosa como lo era antes.

DUP. (Esta mujer se está burlando de mí. Veamos.) Oye, Valentina. Al regresar de la iglesia pasé por el mercado y vi unas tórtolas hermosísimas.

VALENT. ¿Sí? ¿Te gustan? Pues voy a decir que traigan unas cuantas para la comida.

DUP. No eran muy grandes, no; al contrario. Pequeñas, muy pequeñas: tanto, que la mujer que las vendía las pregonaba diciendo: «¡La tórtola!... ¡La tortolita!» (No se conmueve.)

VALENT. ¡Ya! (Toca el timbre.)

DUP. ¡Qué presencia de ánimo! ¡Qué cinismo!

ESCENA XVI

DICHOS y FRANCISCO

VALENT. Francisco: lleve usted el sombrero a mi cuarto.

DUP. (¡Su confidente! ¡Qué cara tiene de jesuíta!)

FRAN. (Bajo a Valentina.) ¿Recuerda usted, señora, que hoy hace dos años de la muerte del señor?

VALENT. Sí, Francisco, no lo he olvidado.

DUP. (¡Qué hablarán!)

FRAN. (¡Yo estoy pasando un día cruel! Desde esta mañana no sé lo que me hago, ni lo que me digo, ni...)

DUP. ¡Francisco! ¿Ha embotellado usted el vino que trajeron ayer?

FRAN. No señor.

DUP. ¿Pues no le di la orden ayer mismo?

FRAN. Perdóneme el señor, hoy no estoy para nada... ¡Estoy muy triste! ¡Pero muy triste! (Vase primera izquierda.)

DUP. (Furioso.) ¡Oh! ¡esto ya pasa de broma!

VALENT. ¡Cálmate, Sebastián!

DUP. ¿Pero de qué sirve este hombre en esta casa? ¿Qué es lo que hace?

VALENT. Es un criado cariñoso y fiel...

DUP. Sí, ya lo sé, ya lo sé; pero no me sirve para nada, y estoy cansado de ese animal. ¡Ea! ahora mismo voy a ponerle de patitas en la calle!

VALENT. ¡Sebastián!

DUP. ¡Lo dicho!.. Me vas a hacer el favor de ajustarle la cuenta en seguida y que se vaya. ¡Que no le vuelva yo a ver!

VALENT. ¡Pero escucha!...

DUP. ¡Que no quiero verle más he dicho! ¡Cómo se entiende! ¡Quién manda aquí! (¡Ah! señora mía!... ¡Nos veremos!... ¡Nos veremos!...) (**Sale puerta foro.**)

VALENT. ¡Dios mío! ¡Qué descompuesto! ¡qué furioso! Nunca le he visto así. ¿Qué habrá pasado? ¡Hablarme con ese tono... a mí! No puedo adivinar... él, tan amable... tan dulce, tratarme de un modo tan... ¡Oh! mi pobre Arístides no se hubiera jamás permitido...

FRAN. (**Por el foro.**) El señor Letellier.

VALENT. ¡Ah! ¡el notario de Tolosa! ¡Que pase! (**Francisco sale. Entra Letellier con una cartera debajo del brazo.**)

ESCENA XVII

VALENTINA, LETELLIER

LETE. ¡Señora!

VALENT. Tenga usted la bondad de sentarse. (**Se sienta.**)

LETE. (La entrevista va a ser difícil. Si yo encontrara un recurso...)

VALENT. Le esperaba a usted; ante todo doy a usted mil gracias por la cajita que he recibido, y en la cual me ha remitido usted varios objetos pertenecientes a mi difunto esposo.

LETE. Según sus instrucciones de usted, recogí

todo aquello que pudiera constituir un recuerdo de persona tan querida como de usted lo era el señor Toupinel. Yo mismo escogí los objetos que le envié. (Separando los peligrosos.)

VALENT. Repito las gracias. Y a propósito. ¿Cómo es que venían allí varias piezas de música?

LETE. ¿De música?

VALENT. Sí; para piano. Toupinel no sabía tocar.

LETE. Lo ignoro, señora mía. ¿Sin duda he hecho mal al incluirlas en la caja?

VALENT. Al contrario. No sabe usted el placer que me ha proporcionado. Figúrese usted, el autor de esas composiciones vive aquí; en esta misma casa.

LETE. ¿Cómo?

VALENT. Arriba, en el piso segundo.

LETE. (¡Era música de Valaury!)

VALENT. Hace unos días me oyó tocar una de ellas, una tanda de valses que se titula «Locuras embriagadoras», y nos pidió permiso para venir a darme las gracias y ofrecerse.

LETE. ¿Sí? (¡Vaya un lance!)

VALENT. Le recibimos: estuvo finísimo y nos presentó a su esposa, que es encantadora.

LETE. (¡La tortolita!)

VALENT. Desde entonces seguimos visitándonos, y algunas noches nos reunimos y «hacemos música» entre los cuatro. Yo toco con él a cuatro manos y su mujer canta duos con mi marido.

LETE. ¿El señor Duperron es artista?

VALENT. Aficionado; no más que aficionado; pero tiene una voz muy agradable.

LETE. ¿De tenor?

VALENT. De barítono.

LETE. (Daría cualquier cosa por asistir a un concierto de esos.)

VALENT. Conque ya ve usted como ese incidente me ha proporcionado un verdadero placer.

LETE. En efecto.

VALENT. Pero hablemos del asunto que le conduce a

usted aquí. ¿Me trae usted las cuentas de la liquidación?

LETE. Sí, señora. Me he retrasado un poco, pero usted me había dicho que aguardaría mi primer viaje a París. Y como hoy he tenido precisión de venir...

VALENT. Perfectamente. ¿Las tiene usted ahí?

LETE. Aquí; en mi cartera. Voy a dejárselas a usted para que las examine despacio, y dentro de dos o tres días tendré el honor de volver.

VALENT. No, no, veámoslas ahora.

LETE. No quisiera molestar... La operación será larga.

VALENT. No me molesta usted. Al contrario. Y sobre todo: deseo terminar este triste asunto lo más pronto posible.

LETE. (Está bien. No hay medio de escapar.)

VALENT. Según la última carta de usted, se ha hecho la venta en buenas condiciones.

LETE. Muy buenas.

VALENT. ¿En cuánto?

LETE. En setenta mil francos.

VALENT. ¿Cómo? ¿setenta mil?

LETE. ¡Oh! Un buen negocio, señora. El señor Toupinel compró todo aquello por cincuenta y dos mil francos; de modo que resulta un beneficio a favor de usted de diez y ocho mil.

VALENT. No creía yo que había gastado tanto en una posesión que, según él, no era más que una casita modesta para residir accidentalmente. ¿Hay algo más?

LETE. (Leyendo un documento.) ¡Hum! Valor de mobiliario de la posesión... ¡Humm!...

VALENT. ¿Cuánto?

LETE. Veintiocho mil francos.

VALENT. ¡Veintiocho mil francos de muebles! ¡Tanto dinero en trastos y a mí no me quiso comprar nunca un piano de cola! A ver: ¿tiene usted el inventario de esos muebles?

LETE. Sin duda; helo aquí. (Otro documento.)

VALENT. Venga; tengo curiosidad por ver...

LETE. (¡Dios nos coja confesados!)

VALENT. «Una alcoba Luis XVI completa. Una «chaise-longue». Dos armarios de espejo». ¡Eh! ¿Dos?... «Un buduar. Una «chaise-longue». Un piano de cola. Otra alcoba para hombre»... ¡Oh! ¿De modo que no estaba solo en esa casa?

LETE. Recibía con frecuencia algunos amigos.

VALENT. ¡Y amigas! ¿No es verdad? ¿amigas también?... Responda usted.

LETE. Usted debe comprender, señora, que la posición de un notario es siempre crítica... difícil... delicada...

VALENT. ¡El! ¡Dios mío! ¡él! Y yo que nunca sospeché. (Dirigiéndose al retrato.) ¡Ah! ¡Infame! ¡Traidor! Siempre se separaba de mí llorando! ¡Y yo le creía!...¡Y al volver manifestaba una alegría casi escandalosa! Y yo, que no ceso de citar su ejemplo a Sebastián, con el fin de que éste siga la senda de aquél... Yo le repito a cada instante que Toupinel no se separó de mí un momento. (Al retrato.) ¡Ah monstruo! ¡Ah bandido! ¡Dios mío! ¡Yo me muero! (Cae sobre el sofá. Pausa.)

LETE. Si a usted le parece, señora, volveré otro día.

VALENT. (Yendo a la mesa.) No, no; acabemos de una vez. Quiero concluir cuanto antes... Estos son los ingresos; bueno, veamos los gastos.

LETE. (Pues ahora entra lo peor.)

VALENT. ¿Quién lo hubiera dicho?... ¡Ah, miserable!

LETE. (Aquí va a ser ella.)

VALENT. (Leyendo otro documento.) «A la modista, cuatro mil quinientos veinticinco francos.» ¡Pillo! «Perfumería, dos mil doscientos.» ¡Asesino! Pero esto es monstruoso!... ¡abominable! ¡Tome usted! ¡Tome usted esas cuentas! ¡Las apruebo todas! ¡todas! pero no quiero oir hablar más de esto!

LETE. Está muy bien. (Ahora no falta más sino

que llegue a saber que tiene a su rival encima.)

VALENT. ¡Cuatro mil quinientos veinticinco francos de modista!

LETE. Volveré a traer a usted el dinero.

VALENT. Y sobre todo, que mi esposo no se entere de que mi primer marido...

LETE. Puede usted contar con mi discreción.

VALENT. Se creería autorizado para imitar su conducta. Nada hay tan contagioso como el mal ejemplo.

LETE. Puede usted estar tranquila, señora.

VALENT. Páselo usted bien, caballero.

LETE. ¡Señora! (Buena pildorita le queda en el cuerpo.) (Sale foro.)

ESCENA XVIII

VALENTINA, luego FRANCISCO

VALENT. ¡Bien se ha burlado usted de mí, (Al retrato.) miserable! Con ese aire bonachón e inocente, me resulta usted un bandido de ultratumba! (Llama.) ¡Ah! Pero no es tarde, no. La lección ha sido ruda, pero no será perdida.

FRAN. (Saliendo foro.) ¿Llama la señora?

VALENT. Diga usted al señor que deseo hablarle.

FRAN. El señor salió a la calle hace un buen rato.

VALENT. ¿Y dónde ha ido?

FRAN. No ha tenido la atención de decírmelo.

VALENT. (Y ahora, ¡fuera, fuera todo lo que pueda recordarme a ese hipócrita de Toupinel! ¡Francisco!

FRAN. ¡Señora!

VALENT. Haga usted su maleta y a la calle.

FRAN. Pero... ¿es cierto lo que oigo? ¿La señora me arroja de su casa?

VALENT. Sí señor, sí, le arrojo a usted, lo siento mucho, pero le arrojo.

FRAN. ¡Yo que pensaba acabar mis días entre us-

ted y el retrato de aquel amo tan querido!

VALENT. ¡Ah! ¿No quería usted separarse del retrato?

FRAN. ¡Ah, señora! ¡Yo le amaba tanto!

VALENT. Pues bien: descuélguelo usted y lléveselo.

FRAN. ¿Que me lo lleve?

VALENT. ¡Sí; se lo regalo a usted! **(Marchándose furiosa)** ¡Y ahora, señor Duperron!... por si acaso... ¡nos veremos, señor mío! ¡Nos veremos!

ESCENA XIX

FRANCISCO, solo

FRAN. **(Descuelga el cuadro y baja contemplándole hasta el proscenio.)** ¡Amo mío! ¡Mi bueno y respetable señor!... ¿Ves lo que es el mundo? ¿Qué va a ser de ti? ¿Qué va a ser de nosotros? Nos echan, nos despiden. ¡Oh! ¡Pero yo no te abandonaré! Juntos lloraremos tanta desdicha, tanta ingratitud... ¡Ven, pobre Toupinel! ¡Ven... pobre Aristóteles! **(Se pone el cuadro bajo el brazo y sale lentamente por el foro.)**

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

VALENTINA y FRANCISCO

Al levantarse el telón Francisco sale de la primera derecha con la ropa que llevaba puesta Duperron en el primer acto

VALENT. ¿Ha vuelto el señor?

FRAN. Todavía no, señora.

VALENT. (¿Dónde habrá ido? ¿Por qué salió? Nunca sale antes de almorzar.) Déme usted ese gabán. (Ya no me fío ni de éste.) (Tomando el gabán y registrándole.)

FRAN. (¡Hola! ¡Ya le registra!)

VALENT. ¿Ha hecho usted su maleta?

FRAN. Ya está hecha, señora.

VALENT. Bueno, pues va usted a marcharse. Voy a ajustar a usted su cuenta.

FRAN. Está bien. (Sale foro.)

VALENT. ¿Qué es esto? ¡Una cuenta! (Sacando la factura que se guardó Duperron y leyendo.) «Burnisieu, joyero. Calle de la Paz.» ¿Joyero? «El señor Duperron debe: por un collar de escarabajos de oro y brillantes, ocho mil quinientos francos.» ¿Qué quiere decir esto? ¿Brillantes? ¿Para quién? ¿Va a ser éste quizás la segunda edición de Toupinel? ¡Oh! Podré

haber sido víctima del primero... pero lo que es de éste... (Sale Francisco con su maleta y el retrato que contempla.)

FRAN. Estoy pronto, señora.

VALENT. Corriente, espere usted. (Abre el bureau y escribe.)

FRAN. ¡¡Ya lo ves! ¡Nos vamos! ¡Aquí no nos quieren ya!) (Contemplando el retrato.)

VALENT. Tome usted. (Le da dinero.) Su cuenta y cincuenta francos, como propina... o indemnización, o lo que usted quiera.

FRAN. ¡Gracias! ¡Mil gracias!

VALENT. ¡Pobre Francisco! No hay más remedio; tenga usted resignación.

FRAN. No; si yo no me quejo. ¡Si yo sé de donde viene este golpe! ¡En fin!... Si algún día la señora se separa de su esposo...

VALENT. ¿Separarme?

FRAN. Como lo espero, bastará una palabra suya para que volvamos a entrar en esta casa...

VALENT. Bien, adiós, Francisco.

FRAN. Antes de enterarme, yo quisiera decir a la señora una cosa... que puede interesarle.

VALENT. Ya escucho.

FRAN. ¿No ha observado la señora que su esposo y la señora de Valaury se entienden?

VALENT. ¿A ver, a ver? Explíquese usted.

FRAN. Anteayer... estaban los dos aquí, en este gabinete.

VALENT. Siga usted.

FRAN. Y él le decía... pero cantando, para disimular... (Cantando.) «¡Oh Bengalí...—mi prenda amada...—conmigo ven—a la enramada!»—Y ella le contestaba, también para disimular... «Pues que por ti...—yo soy amada,—vamos, mi bien,—a la enramada.»

VALENT. (¡Qué estúpido!—vamos, mi bien—a la enramada.»

FRAN. No me atreveré a asegurar que hayan ido a la enramada, pero su idea...

VALENT. Eso era que ensayaban un dúo. No sea usted simple. ¿No ha observado más?

FRAN. No, señora: pero si veo algo, ya la avisaré.

VALENT. ¿Y cómo, si se marcha usted?

FRAN. Voy cerca. Aquí arriba. Los señores de V laury me han tomado a su servicio.

VALENT. ¡Ah! ¡Muy bien!

FRAN. Dos palabras: las últimas: creo cumplir u deber advirtiendo a la señora que su espos la espía.

VALENT. ¡Oh!

FRAN. Antes de salir me ha preguntado el seño si usted recibía visitas en su ausencia.

VALENT. ¡Oh! ¡esto es demasiado! Se atreve a espia me... él, que se gasta el dinero en joyas. ¿para quién? ¡Ah! ¡Deseando estoy que veng para que me explique este misterio! Per no... inventará cualquier embuste para sal del paso... y no averiguaré nada: no; yo mis ma voy a casa del joyero. Sí, es lo mejor (Sale primera izquierda.)

ESCENA II

FRANCISCO. DUPERRON foro

FRAN. Creo que la mina va a estallar. En fin, se lo que Dios quiera. Vamos arriba, señor.

DUP. Francisco: ¿ha vuelto el capitán?

FRAN. No señor.

DUP. (Respiro.) ¿Qué maleta es esa?

FRAN. Es la mía, señor... y de usted.

DUP. Gracias. ¿Se marcha usted? Bueno; abur. Es pere usted. ¿Y ese cuadro?

FRAN. Es la venerada imagen de mi antiguo amo

DUP. ¿De Toupinel?

FRAN. La señora me lo ha regalado.

DUP. ¡Hombre! ¡qué idea tan oportuna!

FRAN. Pero si el señor desea quedarse con él...

DUP. No, no. Que aproveche.

FRAN. ¡Adiós, señor! Perdone usted si no le doy la mano... Estoy tan ocupado...

DUP. ¿La mano? Espera, que te voy yo a dar a ti otra cosa. (Va a darle un puntapié. Francisco sale corriendo por el foro.)

ESCENA III

DUPERRON

DUP. No he podido encontrar a ese imbécil de Mateo. He recorrido inútilmente todas las barberías del barrio. Mi plan era llevármelo a la estación de Orleans sin volver a casa, almorzar con él en el restaurant y meterle en el tren de Tolosa. Yo me hubiera marchado mañana con mi mujer a... Suiza... o... a Fontainebleau! Mateo se hubiera ido a curarse a la Argelia su gastritis tonkinesa, y todo hubiera quedado en el más absoluto misterio. ¿Por qué se me habrá ocurrido invitarle a almorzar?... ¿Qué hacer para que Valentina y él no se vean? ¡Si la ve, no querrá marcharse.... y ¡entonces volverán los tiempos de Toupinel, pero ahora a costa mía! No, no; es preciso arreglar esto. Hay que almorzar fuera de casa.

ESCENA IV

DUPERRON, VALENTINA, primera izquierda, vestida para salir a la calle

VALENT. ¡Hola! ¿De dónde vienes?

DUP. ¿Yo?

VALENT. Sí. ¿Habías salido?

DUP. (¡Creo que llaman! ¿Será Mateo?) Va a la puerta y vuelve) (No, nadie.)

VALENT. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

DUP. Nada. Creí que habían llamado.

VALENT. ¿Esperas a alguien?

DUP. No. (Cantando, con música de «La Mascota», si se rompe un espejo.) ¡Aquí está ya Mateo! ¡Hola, Mateo! ¡Hola, Mateo! ¡Pim! ¡pam! (¡No se conmueve!) (Cantando.) Al fin volvió Mateo, éste es Mateo!... (¡Qué valor tiene!)

VALENT. ¿Te pones a cantar para no responder

DUP. ¿Yo?

VALENT. ¿A dónde has ido?

DUP. Seguramente a donde tenía que ir.

VALENT. ¿Y dónde tenías que ir?

DUP. ¿Vas a preguntar mucho?

VALENT. No hago más que imitar tu ejemplo: s que yo no tengo el mal gusto de pregu a los criados.

DUP. ¡Ah! Ese estúpido de Francisco te ha c tado...

VALENT. ¿Tú te atreves a sospechar de mí! (Con e gía.)

DUP. Perdona, yo...

VALENT. Cuando con una palabra puedo yo c fundirte.

DUP. ¡Confundirme! ¿Tú a mí? Hombre, tend curiosidad... (Yendo a la puerta.) (¡Oh! ¡Ah sí que llaman! ¡El és!)

VALENT. (¿Otra vez? Algo le pasa.)

DUP. (No: no es nadie.) (Volviendo.)

ESCENA V

Dichos: JOSEFINA

JOS. Señora, el balcón del comedor tiene tres cr tales rotos, y corre un aire muy frío. ¿Dón quiere usted que ponga la mesa para almo zar?

VALENT. Aquí.

JOS. Está bien. (Prepara el velador del centro, retiran los periódicos, libros, etc., etc., que lleva a la c menea.)

VALENT. Almorzaremos en este gabinete. (A Duperio

DUP. Como quieras. Yo no almuerzo en casa. A morzaré en cualquier restaurant.

VALENT. ¡Ah!

DUP. Sí.

VALENT. ¿Solo?

DUP. Con un amigo.

ENT. ¿Que se llama...? (Sale Josefina.)
. ¡Hum!... Roberto. Se llama Roberto. No le conoces tú.
ENT. Bien, pues le conoceré. Tú me presentarás y almorzaremos los tres juntos.
. No es posible.
ENT. ¿Por qué?
. Porque... porque no puede ser. Me ha invitado a mí, pero a ti no; y ya comprendes...
ENT. Bueno, basta.
. (Parece que desconfía...) ¿Vas a salir?
ENT. Sí.
. ¿A dónde vas?
ENT. Seguramente a donde tengo que ir.
. (¡Qué aplomo el suyo!) ¿Y tardarás mucho?
ENT. Una hora... hora y media... en fin, no sé. ¿Qué, te contraría?
. ¿A mí? No tal. (Mejor es que se vaya.) (Entra Josefina y pone la mesa.)
ENT. (¡Oh! Pues lo que es tú, tardarás en salir.) (Sale, llevándose con disimulo el sombrero de Duperron.)
P. Dios haga que no se encuentre con Mateo. ¡Eso sería horrible! ¡Quizás sube ahora la escalera! (Va al balcón.) No; ya la veo que sale. Pero hay que evitar a toda costa que Mateo entre aquí. Le esperaré en la portería: es lo más acertado. (Buscando) ¿Dónde está mi sombrero? De ese modo, en cuanto él venga... ¿Pero dónde demonios he puesto yo mi sombrero? ¡Josefina! ¿Ha visto usted mi sombrero?
. No señor.
P. Juraría que lo he dejado aquí. Lo habré dejado en mi cuarto. (Entra primera derecha.)
. Pues señor, algo les pasa a los señores. Ellos, que se llevan siempre tan bien, están hoy... ¿Eh, quién es?

ESCENA VI

JOSEFINA y ANGELA. Luego DUPERRON

Ang.	¡Ah, Josefina! ¿Está la señora?
Jos.	Acaba de salir, pero el señor está. Voy a avisarle.
Ang.	Sí, dígale usted que necesito tomar ciertos informes...
Jos.	Al momento. **(Vase primera derecha.)**
Ang.	¡Vaya un encuentro!... **(Asomándose al balcón riendo.** ¡Pobre capitán!... No esperaba yo hallarle en París. Allí está. Mira a todos lados como aturdido. Y gracias que pude escapar. Verme y lanzarme a quemarropa su centésima declaración, todo fué uno. ¡El será un militar muy bravo, pero como pretendiente siempre fué la timidez en persona! ¡Sí, sí, busca, busca! No volverás a aburrirme con tus galanteos. Ahora, gracias a Dios, ya estoy casada, por fortuna, y soy completamente feliz. Ese era mi único deseo. **(Vuelve al proscenio.)** Vamos a ver. ¿Habré olvidado algo para esta noche? El repostero está avisado... El mueblista mandará las cincuenta sillas... El dorador me enviará el retrato de Toupinel, que tiene en el taller hace dos meses...
Dup.	Pues búsqueme usted uno, uno cualquiera. **(Entrando seguido de Josefina.)**
Jos.	En seguida, señor. **(Vase foro.)**
Dup.	(¡Ah! ¡esa señora me va a fastidiar!)
Ang.	Señor Duperron. Vengo a pedir a usted informes de Francisco.
Dup.	Acabamos de echarle a la calle.
Ang.	¿Y puedo preguntar el porqué?
Dup.	¿Tiene usted interés en saberlo?
Ang.	Sí: mi marido le ha tomado a su servicio.
Dup.	Pues creo que no les dura a ustedes ocho días. Es muy holgazán.
Ang.	Pero ¿es honrado?
Dup.	Sí, lo parece.

NG. ¡Ah! pues ya basta con eso. ¡No habrá usted olvidado que después de almorzar tenemos que ensayar el duo de esta noche!

UP. Cierto, sí. A eso de las tres.

NG. Perfectamente: a las tres.

UP. ¿Ya se marcha usted? **(Impaciente después de una ligera pausa.)**

NG. ¿Eh? **(Sorprendida.)** Sí... sí... tengo todavía algunas cosillas que hacer. Ya sabrá usted que esta noche reunimos en casa una escogidísima sociedad. Periodistas, críticos musicales, autores dramáticos... Cincuenta personas lo menos.

DUP. Vea usted, eso va a aumentar mi miedo. Y precisamente hoy que no estoy en voz.

ANG. ¡Oh, no hay cuidado! Estoy segura de que cantará usted como un ángel. Y no puede usted figurarse lo agradecidos que le estamos, Valaury y yo, por el servicio que nos presta ayudándonos a organizar este pequeño concierto. ¡Le es tan difícil, hoy día, a un artista, darse a conocer!

DUP. ¡Bah! ¡Cuando se tiene mérito!... Y Valaury lo tiene; pero mucho.

ANG. ¿De veras? ¿Usted cree?... ¡Oh, qué amable! ¡qué bueno es usted! Vaya, pues, hasta luego. **(Vase.)**

DUP. Adiós, vecina. Crea usted que me consideraré muy dichoso si puedo serles útil. ¡Josefina! ¡Josefina! **(Gritando.)** ¿Y ese sombrero? ¿No aparece ese sombrero? **(Acercándose a la primera izquierda.)** ¿Eh? ¿Qué dice usted? **(Entra.)**

ANG. ¡Dios mío! **(Entrando precipitadamente por el foro derecha.)** El capitán sube la escalera, pero no me ha visto, ¡afortunadamente! ¿Cómo habrá sabido que yo vivo aquí? Me iré por la escalera interior. **(Vase foro izquierda. Llaman foro derecha. Sale Duperron seguido de Josefina primera izquierda y con una gorra de viaje.)**

DUP. Vaya usted a abrir. Nada; ni un sombrero. No he podido encontrar más que esto. Pero ¿quién sale así a la calle?

ESCENA VII

DUPERRON, MATEO y JOSEFINA

MAT. Ya estoy de vuelta: ¿me he retrasado mucho?
DUP. No; pero te esperaba. ¡Vaya, vámonos!
MAT. ¿A dónde?
DUP. Al restaurant... a casa de Bignon; almorzaremos mejor que en casa.
JOS. Pero, señor: si tengo ya hecho el almuerzo.
MAT. Entonces, ¿por qué quieres almorzar fuera?
DUP. Porque en el restaurant nos servirán mejor. Además, estoy sin criado...
JOS. Yo misma puedo servirlo.
MAT. Pero oye, chico: ¿vas a gastar ahora cumplidos conmigo? Vaya, vaya... Tú me has convidado a almorzar en tu casa y en tu casa quiero yo almorzar. Sirva usted el almuerzo. (A Josefina.)
JOS. Al instante. (Sale foro.)
DUP. Bien, pero deprisa... ¿eh? deprisa. (Es preciso acabar antes de que vuelva Valentina.) (Parte el pan y descorcha una botella.) ¡Vaya vaya con Mateo! ¡Qué demonio de Mateo! No sabes el placer que me causa el verte otra vez a mi lado... aunque sólo sea por poco tiempo; en fin, puesto que te llaman a otra parte sagradas obligaciones... No, no temas: almorzaremos por la posta; no perderás el tren. ¿A qué hora sale el tren para Tolosa?
MAT. No lo sé ni me importa. Ya no me voy.
DUP. ¿Como nó? ¿Y esa... señora que te espera?
MAT. ¿La señora Toupinel?
DUP. Sí: ¿no estabas deseando verla?
MAT. ¡Quiá!
DUP. (¡Otra complicación!) ¿Pues cómo es eso?
MAT. ¡Ay chico! ¡Si supieras qué feliz soy!... Figúrate que me ha ocurrido la aventura más sorprendente... más extraordinaria...
DUP. ¡Dios mío! ¿Qué será ello? (Haciendo esfuerzos para abrir la botella y disimular su inquietud.)

MAT. Al venir aquí me he encontrado de manos a boca, en mitad de la calle... ¿a qué no sabes a quién?

DUP. (¡Santo Dios! ¡A mi mujer! ¿A quién?)

MAT. ¡A la tórtola!

DUP. ¡San Caralampio!

MAT. ¡A mi linda tortolita!

DUP. Maldito sea el...

MAT. El corcho, que no sale, ¿eh? Trae, hombre, a ver si yo... puedo. (**Toma la botella.**) Conque... ¿qué me dices?

DUP. ¿Qué quieres que te diga?

MAT. Hombre, yo creo que te debías alegrar. Yo soy feliz cuando veo que mis amigos lo son.

DUP. Pero... ¿tú estás seguro de que era ella? Mira que a veces se lleva uno unos chascos...

MAT. ¡Qué, si ha estado hablando conmigo!

DUP. ¡¡Ah!! (**Tomando la botella.**) (¿Qué habrán hablado?)

MAT. ¿Y, a qué no adivinas lo que me ha dicho?

DUP. Hombre, déjate de enigmas. ¿Cómo quieres que yo sepa?...

MAT. Toupinel ha muerto.

DUP. Bueno, ¿y qué?

MAT. ¡Calla! ¿Tú lo sabías?

DUP. No, hombre, no lo sabía: ahora lo sé. ¿No acabas de decirme: Toupinel ha muerto?

MAT. Sí.

DUP. Bien: pues yo te contesto: Bien; ¿y qué? (**De mal humor.**)

MAT. Oye, ¿sabes que te encuentro de un humor de mil demonios? (**Entra Josefina con varios platos y manjares.**)

JOS. Cuando los señores gusten.

DUP. Ea, pues, a la mesa, Roberto. (**Rápido.**)

MAT. (¡Roberto! ¿Y quien es Roberto?) ¿Me dices a mí?

DUP. A ti no te importará que te llame Roberto. (**Bajo a Mateo.**)

MAT. No, pero me extraña.

DUP. Es por causa de esta chica. Acaba de morir un hermano suyo a quien adoraba y que se llamaba como tú: Mateo; ¿comprendes? Ese nombre despertaría en ella dolorosos recuerdos... y... ya ves, ¡pobrecita!

MAT. Bueno, hombre, bueno; pues llámame como quieras.

DUP. (De este modo no podrá mi mujer averiguar nada por ésta.) Conque, Roberto: a la mesa.

MAT. Despacio, hombre, despacio: ya te he dicho que no tengo prisa.

DUP. Yo sí la tengo. (Se sientan. Duperron obliga a Mateo a comer rápidamente.) Espera, Josefina: llévese usted los «hors d'œuvre».

MAT. No, que no se los lleve: si tengo mucho apetito.

DUP. Por eso mismo: estas chucherías lo quitan.

MAT. Dime: ¿tu mujer no almuerza con nosotros?

DUP. No: está convidada en casa de unos parientes. (Sirviendo.)

MAT. ¡Cuánto lo siento! Después del caluroso elogio que me has hecho de ella me han entrado vivos deseos de conocerla.

DUP. ¡Come, hombre, come! ¡No comes nada!

MAT. Sí como, sí.

DUP. Bebe, chico, bebe.

MAT. Con gran placer. ¿Sabes que esta perdiz está exquisita?

DUP. ¡Hum! ¡Yo la encuentro un poquito pasada!

JOS. (¡Pasada!)

DUP. Sí, sí, está pasada. Llévesela usted.

MAT. Pues yo hubiera tomado otro trocito.

DUP. Por Dios, hombre, ¡si no se puede comer!

MAT. ¿Que no? ¡Deja, verás!

DUP. ¡Otra cosa! (A Josefina.) Traiga usted otra cosa.

JOS. En seguida. (Sale foro.)

DUP. (Las doce menos cuarto.) (Aparte mirando el reloj.)

MAT. ¿Y sabes cuánto tiempo hace que murió Toupinel?

DUP. No.
MAT. Dos años.
DUP. ¡Come, hombre! ¡Si no comes nada! (Tomando sal del salero y echándosela en el plato.) De modo que ahora te casarás con la viuda, ¿no es eso?
MAT. ¡Ca!... eso nunca! Además, que se ha vuelto a casar.
DUP. ¡Ah! ¿ella te lo ha dicho? (Tomando el sifón del agua de Seltz.)
MAT. Sí. Probablemente con algún imbécil.
DUP. De seguro. (Apretando el sifón, el agua sale con fuerza y mancha a Mateo.)
MAT. ¿Pero qué te pasa?
DUP. Nada, hombre; bebe, ¡no bebes nada! (Entra Josefina con otro plato.)
JOS. Pastel de ternera con trufas.
DUP. (¡Un imbécil!)
MAT. ¡Hola! ¡trufas! Vengan en buenhora.
DUP. Toma, toma. ¿Quieres más? (Sirviendo.)
MAT. No, muchas gracias.
DUP. Josefina, llévese usted eso. (Vase Josefina foro con el plato.)
MAT. ¿Pero aquí no se puede repetir cuando gusta un plato?
DUP. ¿En qué quedamos? ¿Te preguntò si quieres más, y me dices que no?...
MAT. Por ahora no, pero si me gusta...
DUP. ¡Demonio! Si no hay quien te entienda. Tan pronto te vas a Tolosa como no te vas; tan pronto deseas comer como no lo deseas. Tienes un carácter tan...
MAT. ¡El que tiene un carácter incomprensible eres tú! ¡Te encuentro muy cambiado!
DUP. No. (Campanilla.) ¡Ay Dios mío! ¡Llaman! (Sale y vuelve a entrar, hablando con alguien que se supone fuera.) No, no, aquí no, en el segundo; estas gentes no cuentan con el entresuelo. (Pero como come este bárbaro!) (Se sienta.)
MAT. ¿Tú no comes?
DUP. No tengo apetito. Y si vieras... no sé si a ti te pasará lo mismo. Cuando no tengo ga-

nas de comer, me molesta ver comer a los demás.

MAT. ¿Sí? Pues a mí al contrario.

DUP. Esto debe ser nervioso.

MAT. Pues nada, chico, por mí... no comas. Te contaré, mientras yo concluyo, el final de mi historia. He pedido a mi tórtola una entrevista.

DUP. ¡Ah!

MAT. Que no me ha querido conceder.

DUP. ¿De veras?

MAT. Como tampoco me ha querido decir el nombre de su marido ni darme las señas de su casa.

DUP. ¡Respiro!

MAT. Y aprovechando un momento de confusión se me escabulló sin saber por dónde y dejándome con la palabra en la boca.

DUP. Será que habrá variado de conducta, de vida y de carácter.

MAT. ¡Quiá! No seas cándido. Eso debe ser que ahora tiene otro pretendiente.

DUP. ¿Tú crees?...

MAT. Como si lo viera. Y espero saberlo pronto, porque ella debe vivir por estos barrios y no me será difícil averiguar donde. En cuanto almuerce voy a empezar mis pesquisas. Tú me ayudarás, ¿eh?

DUP. ¿Cómo no? Con grandísimo placer.

MAT. Y te apuesto veinticinco luises a que antes de ocho días he substituído yo al otro. ¿Eh? ¿Los apuestas?

DUP. No apuesto nunca.

MAT. Vamos, diez luises: nada más que diez luises.

DUP. ¿Eh? Déjame en paz.

JOS. La ensalada. (Entrando.)

DUP. No; ensalada no. Está muy verde. Josefina, el café.

MAT. ¿Pero no hay postres?

DUP. No, aquí no los comemos.

MAT. ¿Ni un poco de queso?

DUP. En mi casa no entra el queso.

JOS. Perdone usted, señor: allá dentro...

DUP. ¿Ha visto usted entrar el queso en esta casa? (Con aire terrible.) Sirva usted el café en mi alcoba.

JOS. Está bien, señor. (Sale.)

MAT. (¡Pues señor! ¡Vaya un almuerzo original!) ¿Conque el café lo vamos a tomar en tu alcoba? (Mojando un pedazo de pan en la copa del vino.)

DUP. ¿Te extraña, verdad?

MAT. ¿Por qué no lo tomamos aquí?

DUP. ¡Cómo se conoce que vienes del Tonkín! (Quitándole el pan y la copa.) ¿No sabes que el café no se toma nunca en el comedor? ¿Que eso no es elegante?

MAT. Pero si estamos en el gabinete.

DUP. Porque el comedor está inútil. Luego, como hemos almorzado eu el gabinete, debemos tomar el café en... en la alcoba. Esto es lo «chic»; mejor dicho, esto es lo lógico.

MAT. Bien, me es igual; con tal de que el café sea bueno y el cognac también. (Campanilla.)

DUP. (¡Ahí está!) ¡Entra, entra! (Empujando a Mateo a la primera izquierda. Ahora vengo. (Le encierra y echa la llave.) ¡Llévete el diablo! Ahora al menos tendré tiempo para alejar de aquí a mi mujer.

ESCENA VIII

DUPERRON, VALAURY y luego MATEO

VALAU. ¡Querido Duperron!

DUP. ¡Hola! ¿Es usted, vecino?

VALAU. Me ha dicho mi mujer que no se sentía usted bien de voz.

DUP. ¡Psch!... así, así.

VALAU. Bueno, pues va usted a tomarse un huevo crudo. Si dentro de una hora no se alivia usted, toma dos. Mi mujer lleva catorce desde esta mañana.

DUP. Descuide usted: lo haré así.

VALAU. ¡Hombre! ¿Querrá usted creer que estoy así... algo emocionado?

DUP. Con permiso de usted. Tengo un amigo esperando en mi cuarto, y...

VALAU. ¡Oh! ¡Nada de cumplidos! ¡Vaya usted, vaya usted! Nosotros bajaremos dentro de un rato a ensayar.

DUP. Sí, sí; eso es. (Mateo golpea a la puerta.)

VALAU. El amigo se impacienta.

MAT. (Dentro.) ¡Duperron! ¿Qué broma es ésta? ¿Por qué me encierras? ¡Duperron!

DUP. (Ese animal va a echar la puerta abajo.) ¿Qué es eso hombre? (Abre.) ¿A qué viene ese escándalo?

MAT. Pero, ¿por qué me encierras? ¡Calla! ¡mil bombas! ¡Pues si es Vaulary!

VALAU. ¡Capitán Mateo!

MAT. ¿Cómo va?

VALAU. ¡Muy bien, amigo mío!

DUP. (Se conocen.)

VALAU. (Uno de los pretendieutes de Angela. No conviene que la vea.)

MAT. ¿Vive usted ahora en París?

VALAU. Sí, por poco tiempo. Vaya, les dejo. Adiós, capitán.

MAT. Vaya usted enhorabuena.

VALAU. (Adiós, Duperron. No le diga usted que vivo en la casa.)

DUP. (¿Por qué.)

VALAU. (Ya, ya le contaré a usted. Hasta luego.) (Vase.)

ESCENA IX

DUPERRON y MATEO

MAT. ¿Eres amigo de Valaury?

DUP. ¿Y tú?

MAT. Le he visto en Tolosa. En casa de Toupinel.

DUP. ¡Ah!

MAT. Pero no simpatizamos mucho.

DUP. ¿No? ¿Y por qué?
MAT. Porque éramos rivales.
DUP. ¿Rivales?
MAT. También aspiraba al honor de ser agradable a la señora de Toupinel.
DUP. (El también! ¡Dios mío! ¡Dios mío!) (Se deja caer en el sillón.)
MAT. Era el más pesado de todos los pretendientes. No salía de la casa.
DUP. (¿Pero con quién me he casado yo?)
MAT. Y ahora me explico... ¡Claro, hombre, claro!
DUP. ¿Qué?
MAT. ¿No comprendes por qué no ha querido escucharme «la tortolita»?
DUP. No.
MAT. Porque este es el amante que tiene ahora.
DUP. ¿Valaury?
MAT. No cabe duda. Los dos en París y tan cerca uno de otro como los he visto hoy... ¡Positivo! ¡Positivo!
DUP. ¡Mateo! tienes razón. No hay nada en el mundo tan simple como un marido.
MAT. ¿Y por quién dices eso ahora?
DUP. Por... por Toupinel.
MAT. ¡Ah! ¡sí! ¡Es cierto! (Bosteza y se estremece.)
DUP. ¡Ah! ¡infame Valaury! Ahora me explico por qué se ha venido a vivir a nuestra misma casa. Para hacer amistades... casualmente con nosotros y... ¡oh, no está mal combinado! ¡Y yo sin ver nada! ¡Sin sospechar nada! ¡Oh! ¡esto es horroroso! ¡Inaudito!
MAT. Pues señor, no me apetece el cigarro. (Lo tira.) Tú, Sebastián.
DUP. ¿Qué?
MAT. ¿Y el café?
DUP. ¡Ah, sí! El café...
MAT. ¿Se le habrá olvidado a la chica?
DUP. No; es que no hay café.
MAT. ¿Cómo?
DUP. ¡Se le ha vertido a la muchacha en la cocina! Lo tomaremos fuera: vámonos.

MAT. ¿Fuera? ¡Brrr! (Tiritando.) Estoy helado. Este cuarto está frío de veras.

DUP. Pues vámonos a la calle. (Poniéndose la gorra.) Verás como andando entras en calor. ¡Ea, anda! (Por fin me voy a ver libre de él.)

MAT. ¡Ah! Sebastián. (Cayendo en el sofá.)

DUP. ¿Qué? ¿qué tienes?

MAT. Que no me encuentro bien.

DUP. ¡Por vida! Vamos; vamos a la calle; verás que bien te sienta el aire.

MAT. No, no... ¡la gastritis! ¡la gastritis! me va a dar el ataque.

DUP. ¡No, por Dios! ¡aquí no! Espérate a que salgamos.

MAT. Si te lo había advertido... Si me has hecho comer a escape... pero no te apures! Esto pasa en seguida. Es cuestión de cuatro o cinco días.

DUP. ¿Eh? ¿Cinco días? (Se arrodilla a su lado.) ¡Por Dios, Mateo! ¡Querido amigo! ¡Contente! ¡Contente un poquito! ¡Vamos! Hazlo por mí.

MAT. Sí... no... no será nada... ¡Pero es preciso tomar precauciones! (Haciendo señas.) ¡La petaca!... ¡La petaca!... (Está sobre la mesa.)

DUP. ¿La petaca? ¿Quieres fumar?

MAT. Instrucciones... petaca... ¡Cúidame! (Duperron se levanta furioso y tira la gorra.)

DUP. ¡Estas cosas no le pasan a nadie más que a mí!

ESCENA X

Dichos. JOSEFINA

JOS. El café.

DUP. ¡Ah! pronto. Una taza.

JOS. Mire usted que está quemando.

DUP. Mejor. Así le hará más impresión.

MAT. Me voy a desmayar.

DUP. No: toma, toma, bebe.

MAT. ¡Puff! (Bebiendo.)
DUP. ¿Ves, ves como te reanimas?
MAT. Caliente no.
DUP. (¡Canastos! Un coche para a la puerta. Debe ser Valentina.) (Abre el balcon.)
MAT. ¡Cierra! ¡Cierra!... ¡Me muero!
DUP. No, es un carro de mudanzas.
JOS. Pero, ¿qué le pasa a este señor?
DUP. Nada; que ha comido demasiado.
MAT. Petaca... pronto... Yo me voy... me voy...
JOS. Dice que se va.
DUP. Sí, pero no se mueve. (Sacando un papel de la petaca.)
MAT. Me voy... a morir.
DUP. (Leyendo.) «Urgentes cuidados que hay que prodigarme en caso de ataque. Primero: envolverme en una manta caliente.» Pronto, Josefina: ¡una manta!
JOS. Voy corriendo. (Sale foro.)
DUP. ¿Y ahora, como lo echo? ¿Qué hago yo con este hombre? (Entra Josefina con una manta.)
JOS. Esta le abrigará. Es muy doble. (La extiende sobre Mateo.)
MAT. ¡Tortolita!... ¡tortolita!...
DUP. ¡Ya está en el delirio! ¡Quítese usted de ahí, mujer!
MAT. ¡Tortolita!
DUP. ¿Te quieres callar, imbécil? (Leyendo.) «Segundo: ceñirme la cabeza con un aro de metal, y si puede ser de cobre.» Esto será la metaloterapia. ¿Y dónde encontrar ese aro? ¿dónde?
JOS. Calle usted, señor: creo que podemos salir del apuro. (Sale foro.)
DUP. Y mi mujer que va a venir, ¡le va a ver! ¡Le reconocerá! ¡Se apiadará de él! ¡Querrá cuidarle!... y la piedad de una mujer puede llevarla muy lejos... muy lejos.
MAT. ¡Tortolita mía!
DUP. Mira, como no te calles va a concluir esto mal. (Leyendo.) «Tercero: aplicarme al pecho unos paños empapados en claras de huevo

batidas con agua caliente.» Y para eso habrá que acostarle. (Entra Josefina con un molde de hacer flan.)

JOS. Tome usted, señor; esto puede servir.

DUP. ¡Ah!... sí... sí! ¡De cobre! Traiga usted. (Se lo encasqueta a Mateo.)

JOS. Y le está muy bién.

DUP. ¿Tiene usted agua caliente?

JOS. ¿Agua?

DUP. Para batir unas claras.

JOS. ¡Ah, sí, sí! Hay agua caliente. En seguida, en seguida. (Sale.)

DUP. No, con esta facha no le reconocerá Valentina fácilmente. Menos mal.

MAT. ¿Dónde estoy?

DUP. En mi casa, Mateo. (Desgraciadamente.)

MAT. ¡Las claras! (Con voz desfallecida.)

DUP. ¡Calla! ya vienen, ya vienen.

MAT. ¡A la cama!

DUP. ¿Qué?

MAT. ¡A la cama!

DUP. Hombre... Cuando uno está enfermo no va a acostarse a casa de los amigos.

MAT. ¡Las claras!

DUP. Ya te he dicho que ahora vienen. ¡Oh! un coche... ella es. (Abre el balcón.)

MAT. ¡Ay, ay!... Cierra.

DUP. Mateo, por el amor de Dios, déjame en paz.

MAT. ¡Las claras!

DUP. ¡Hombre, cuando se te mete una cosa en la cabeza eres terrible! ¡Voy a prepararte la cama! ¿Te parece bien? ¿Estás contento? (¡Qué dromedario! ¡Venir a ponerse malo en casa ajena!) (Entra por la primera izquierda.)

ESCENA XI

MATEO. JOSEFINA. Un mozo del dorador, luego VALENTINA y DUPERRON

JOS. Por aquí, pase usted.

MOZO (Con el otro retrato de Toupinel risueño.) Me ha di-

dicho el maestro que no hiciera más que colgarlo en el gabinete, al lado de la puerta.

JOS. Sí, sí; aquí está el clavo. (Sobre la chimenea.) Y no haga usted ruido, que hay un enfermo.

MOZO Descuide usted. (Cuelga el cuadro.)

JOS. ¿Cómo se encuentra usted? (A Mateo.)

MAT. ¡Traiga usted eso!

JOS. En seguida, sí, señor; en seguida.

MOZO Abur. (Sale.)

JOS. Vaya usted con Dios. (Sale también.)

MAT. ¡Creo que ya estoy mejor! Probaré a levantarme. (Da unos pasos hacia la puerta del foro y entra Valentina.)

VALENT. ¡Dios mío! ¿qué es esto?

MAT. ¡Una señora! (Saluda.)

VALENT. Perdone usted, caballero. Sin duda me he equivocado de cuarto. (Sale por el foro.)

VALENT. No, no. Estoy muy débil. Apenas puedo andar. (Sentándose en una silla. Entra Duperron por la primera izquierda.)

DUP. Ya está lista la cama. Ven, ven en seguida. ¡Calla! ¿Dónde se ha ido? ¡Ah! ¿Qué hacen ahí?

MAT. ¡Por Dios! ¡Las claras! (Vuelve al sofá.)

JOS. Ya está esto. (Con un perol y un cacillo.)

DUP. Venga. (Tomando el perol y batiendo.) Vamos, Mateo. Ven al cuarto.

VALENT. No, no; ¡si no me he equivocado! (Volviendo a entrar por el foro.)

DUP. ¡Cataplum! ¡Mi mujer!

JOS. Tome usted esta servilleta para empaparla.

DUP. Traiga usted. (Cubre con ella la cara de Mateo.)

VALENT. ¿Quién es este hombre? ¡Calla, calla, por Dios!... Es Roberto, mi amigo Roberto! (Mateo se quita la servilleta. Duperron se la vuelve a poner por la cara.)

JOS. (¡Se va a ahogar!)

VALENT. ¿Y qué es lo que tiene?

MAT. ¡Tortolita mía!...

DUP. ¡Ejem, ejem! (Tosiendo fuerte.) (¿Te quieres callar?) (A Mateo.)

VALENT. ¿Está grave?

MAT. ¡Mi torto!...

DUP. ¡A la cama! ¡Vamos a la cama! (Metiéndole la servilleta en la boca.) Ayúdeme usted!... Vamos; vamos corriendo. (A Josefina: entre los dos se lo llevan a la primera izquierda Mateo se queja.)

ESCENA XII

VALENTINA, luego JOSEFINA, VALAURY y el MOZO

VALENT. ¿Pero estoy soñando? ¡No comprendo lo que pasa! ¿Y este retrato? ¿Cómo ha vuelto este retrato? ¡Yo me vuelvo loca! ¡Sí... me mira... me mira y se ríe de mí! ¡Se burla!... ¡Oh! espera! ¡Yo te juro que me he de vengar! (Vase por la primera derecha.)

JOS. Sí señor: aquí está. (Entrando con Valaury y el Mozo.)

VALAU. ¡Justamente! Ese es. Descuélguelo usted.

MOZO Me dijeron piso segundo.

VALAU. Sí, segundo con entresuelo.

MOZO ¿Arriba, eh?

VALAU. Sí, hombre, sí: vaya usted. (Salen el Mozo con el cuadro por el foro, seguido de Josefina. ¡Qué hubieran dicho estos señores al ver en su casa el retrato de una persona desconocida!

ESCENA XIII

VALAURY. VALENTINA con unas tijeras grandes.

VALENT ¡Ahora verás... insolente! ¡descarado!

VALAU. Cuidado, vecina.

VALENT. ¡Ah! ¿Es usted?

VALAU. ¿Así recibe usted a los amigos?

VALENT. ¡Oh! ¡perdone usted! ¡Dios mío! ¡Esto es magia! ¡Si ya no está!

VALAU. ¿Se siente usted mal, señora?

VALENT. No sé...

VALAU. (¡Tiene la vista extraviada!)

VALENT. Hace un rato fuí a la calle de la Paz, a una joyería, que está cerrada a causa de la boda del dueño, que se ha casado hoy.

VALAU. Vea usted, viaje perdido.

VALENT. Voy a casa y me encuentro con un desconocido liado en una manta y con un molde de flan en la cabeza.

VALAU. ¿Un molde? (¡Ay! Esta señora desvaría!)

VALENT. Salgo, vuelvo a entrar, y la decoración cambia. Sebastián bate una mayonesa o cosa así; Josefina llega, y entre los dos se llevan al señor del molde.

VALAU. Nada, está loca; pero esta mañana no se le conocía la locura.

VALENT. Y por último, hace un instante contemplaban mis ojos la imagen de un hombre que conocí hace tiempo y que parecía burlarse de mí. Salgo a buscar unas tijeras, y cuando vuelvo...

VALAU. ¡Psss!... ¿Se evaporó?

VALENT. Sí.

VALAU. ¿Pero supongo que estas emociones no le impedirán a usted tocar esta noche en el concierto?

VALENT. No: al contrario. Creo que la música calmará algo mis nervios.

VALAU. ¿Quiere usted que ensayemos?

VALENT. Sí, sí: buena idea. Eso me distraerá. (**Se sienta al piano.**)

VALAU. Mi mujer no tardará en bajar.

ESCENA XIV

Dichos. DUPERRON, luego ANGELA y MATEO

DUP. ¡Uf! ya está mejor. Creo que pronto podré echarle... ¿Qué veo? ¡Mi mujer con Valaury! ¡Con ese infame!

VALAU. Tenga usted cuidado con el cruce de manos de la introducción.

DUP. Suplico a usted que suprima el cruce de manos. (**Interrumpiendo.**)

VALAU. ¿Eh? ¿qué dice usted?

DUP. ¡Que no quiero cruce de manos! ¡Que no los quiero!

VALAU. Pero si están indicados en la obra.

DUP. Pues le participo a usted que los suprimo. Y además, que mi mujer y usted no vuelven a tocar a cuatro manos, al menos en el mismo piano.

VALAU. ¿Por qué?

VALENT. ¡No comprendo!

DUP. Yo me comprendo y basta. Cada uno tocará en su piano.

VALAU. Pero si en casa no hay más que uno. ¿Cómo nos vamos a arreglar esta noche?

DUP. Tocan ustedes uno después de otro.

VALAU. ¿A cuatro manos? ¿Está usted loco?

DUP. Entonces alquila usted otro piano.

VALAU. (¿Qué significa esto?) (A Valentina.)

VALENT. (No lo sé.)

VALAU. (¿Qué le pasa a esta gente?)

DUP. (¡No os perderé de vista!)

VALENT. ¿Empezamos?

VALAU. Sí; a una. (Angela entra por el foro y Mateo por la primera izquierda.)

MAT. ¡Se ha pasado! Afortunadamente se ha pasado.

ANG. ¡Ah! (Al verle.)

MAT. (¡La tórtola!)

ANG. (¿Es posible?) (A Mateo; los otros personajes no los ven.) (¿Tiene usted valor de perseguirme hasta mi misma casa?)

MAT. (¿Su casa?) Pero...

ANG. ¡Silencio! ¡Mi marido! (Señalando hacia el piano.)

MAT. ¿Eh?

ANG. Váyase usted. (Entra Josefina. Angela se aproxima al piano.)

MAT. (¡Su marido... Sebastián!) Pues entonces, oiga usted. (A Josefina.) Su amo de usted... el señor Duperron...

JOS. ¿Sí, qué?

MAT. ¿Con quién se casó... cuando se casó?

JOS. ¡Toma! Con la señora viuda de Toupinel.

MAT. ¡Ay, Dios mío! ¡Y yo que se lo he contado todo! ¡Ah! (Cae sobre el sofá.)

DUP. (¡Mateo!)

VALAU. (¡El capitán!)

DUP. ¡Vete! ¡Vete! (Llevándose a Valentina por la primera derecha.)

VALAU. ¡Márchate! ¡Márchate! (Llevándose a Angela por el foro.)

ANG. ¿Pero qué es esto?

VALAU. ¡Márchate: vámonos! (Salen por el foro.)

VALENT. ¿Quieres explicarme...?

DUP. ¡Luego, luego! (La encierra primera derecha.)

JOS. ¡Señor!... Se ha desmayado otra vez.

DUP. ¡Maldita sea tu estampa! ¡Ea! abra usted ese balcón. (Josefina lo abre.) ¡Ayúdeme usted!... ¡A la calle! ¡A la calle! (Se dirigen con Mateo al balcón.)

JOS. ¿Pero lo vamos a tirar por el balcón? (Asustada.) ¡Lo merece... pero no, no! ¡a la cama! ¡vamos a la cama! (Lo toman en brazos y lo conducen a la primera izquierda.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete en casa de Valaury. Puertas laterales en primeros y segundos términos. Dos puertas al foro; chimenea con espejo, a la derecha. Entrado en el foro. Muebles elegantes. Quinqué sobre un entredós, segundo término izquierda.

ESCENA PRIMERA

VALAURY, ANGELA, después FRANCISCO

VALAU. (Con batín, por la primera izquierda, seguido de Angela.) No puedo más, Angela mía: no tengo apetito.

ANG. (En traje de casa.) ¡Pero si no has comido nada!

VALAU. ¿Crees tú que puedo comer, cuando dentro de hora y media voy a recibir en mi casa a los hombres más importantes en artes y literatura?

FRAN. (Entrando foro derecha.) Señora. Vengo del almacén de música de la calle de Richelieu. El piano estará aquí en seguida y sólo llevarán cincuenta francos por el alquiler.

ANG. Está bien: (Francisco se va foro izquierda.)

VALAU. Vaya, que ha sido rareza la del tal Duperron: obligarme a alquilar otro piano...

ANG. Y siendo el salón tan pequeño...

VALAU. Es una extravagancia, pero no ha habido medio de convencerle: «¡Cada uno en su

piano! ¡Cada uno en su piano!» y no salía de ahí. Me parece que a esos señores les pasa algo.

ANG. ¿A ella también?

VALAU. También: figúrate que la veo entrar de pronto con unas tijeras y dirigirse hacia mí en actitud amenazadora.

ANG. ¿De veras?

VALAU. En fin: puesto que después del concierto de esta noche no hemos de necesitar de su concurso para nada, procuraremos ir enfriando nuestras relaciones con ellos y...

ANG. Sí, sí; me parece bien.

VALAU. ¡Las ocho y media! ¡Una hora todavía! ¡Una hora de fiebre y de angustias!.. Supongo que no habrás olvidado nada.

ANG. Nada, nada: puedes estar tranquilo. ¡Ah! (**Mirando al foro.**)

VALAU. ¿Qué?

ANG. ¿Y el retrato de Toupinel?

VALAU. Lo he puesto ahí dentro. (**Señala por la primera derecha.**)

ANG. ¿Y por qué?

VALAU. Porque el dorador me ha dicho que no valía, pagándolo bien, más que doscientos francos.

ANG. ¿Pues no te dijeron allá que valía quince mil?

VALAU. En Tolosa puede: pero lo que es en París... En fin: si tú quieres lo volveré a colocar en su sitio.

ANG. Sí: aquí luce mucho más. (**Campanilla dentro.**) Llaman. ¿Quién será?

VALAU. Supongo que no serán todavía los convidados.

ESCENA II

Dichos. DUPERRON, VALENTINA, FRANCISCO y luego ROSALÍA

FRAN. (Anunciando.) Los señores Duperron.

VALAU. ¿Eh? ¿Tan pronto?

ANG. (¡Oh! ¡qué inconveniencia!¡ (A Valentina.) ¡Señora! ¡Qué sorpresa!

VALAU. ¡Amigo mío! No esperábamos tener tan pronto la satisfacción...

DUP. (Mirando a Francisco.) (Siempre este antipático criado.)

VALENT. Quizá llegamos demasiado temprano.

ANG. De lo cual no nos quejaremos jamás.

VALAU. Unicamente nos tendrán ustedes que dispensar si nos encuentran sin vestir.

VALENT. ¡Oh! ¿qué importa? Venimos antes con objeto de reposar un poco.

VALAU. Muy bien pensado.

DUP. (A Valaury, con gravedad.) Yo tengo que hablar con usted.

VALAU. Estoy a sus órdenes.

ANG. (¡Qué tono tan grave!)

VALAU. (Queriendo ayudar a Valentina a quitarse el abrigo.) Permita usted, señora, que yo...

DUP. No se moleste usted, estoy yo aquí. (Duperron se quita también el suyo.)

ANG. ¡Francisco! Tome usted estos abrigos. (Francisco los toma y sale por el foro.)

VALAU. (A Valentina.) ¿Y qué tal? ¿Está usted ya tranquila?

VALENT. ¡Oh! sí, completamente!

VALAU. Pues vea usted lo que son las cosas. Conforme se acerca la hora voy sintiendo una inquietud... un malestar... Vea usted, tómeme usted el pulso. (Alargando el brazo, Duperron se interpone y le toma el pulso.)

DUP. Sí; ciertamente.

ANG. (Parece que Duperron no está muy conten-

to. Con tal que ese imbécil de Mateo no le haya hablado de mí...)

Valau. (A Valentina.) (¿Qué le pasa a Duperron?)

Valent. (A Valaury.) (No lo sé. Desde esta tarde no me ha vuelto a dirigir la palabra.)

Dup. (¡Se hablan bajo!)

Valau. (Estará con cuidado por su amigo Mateo.) (A Duperron.) ¿Y como está de su indisposición el capitán?

Dup. Mejor. Está durmiendo tranquilamente.

Rosa. (Entrando por el foro.) Señor, el mueblista viene con las sillas.

Valau. Allá voy. (A Valentina.) Con permiso. (A Duperron.) Un minuto. Nada más que un minuto y soy de usted. (Sale.)

Dup. Aquí le espero.

Rosa. Señora, la modista espera en el tocador.

Ang. Bueno. (A Valentina.) Voy a dar orden para que enciendan en el salón y en seguida podrá usted ir a estudiar. Nadie la interrumpirá a usted. (Sale.)

Valent. Muchas gracias.

Dup. (¡Es increíble! Si yo no estuviera en el secreto, nadie podría decir, a juzgar por su aire inocente y tranquilo, que son dos verdaderos criminales.)

Valent. ¿Conque te empeñas en continuar en esa actitud?

Dup. No hablemos de eso, señora, en este instante.

Valent. (Pero esto es el mundo al revés; yo soy la ofendida y él es el que se queja.) Como gustes: pero mañana... mañana no estará cerrada la joyería.

Dup. ¿Qué joyería?

Valent. Ya lo sabrás: y entonces... veremos... (Sale segunda derecha.)

Dup. ¡Ah! ¿me amenaza usted? Pues le advierto que ese sistema podría tener buen éxito con Toupinel, pero conmigo no.

ESCENA III

DUPERRON, VALAURY y luego FRANCISCO

VALAU. (Por el foro.) Aquí me tiene usted a su disposición, querido vecino.

DUP. (¡Calma! ¡Mucha calma!) Debo empezar declarando a usted, caballero, que si me he permitido venir esta noche a su casa ha sido con el exclusivo objeto de acompañar a mi mujer, o, mejor dicho: para no perderla de vista.

VALAU. ¿Cómo?

DUP. Mi primera intención fué la de no asistir a este concierto.

VALAU. ¡Diablo! Teniendo que cantar el duo con mi esposa. ¡Mi sublime duo: mi obra maestra!

DUP. Es casi seguro que lo cantará sola la señora.

VALAU. ¿Y por qué?

DUP. Porque yo estoy ronco.

VALAU. ¡Pero eso sería una desdicha horrible! ¡Una catástrofe! ¡Un desastre espantoso!

DUP. Es preciso confesar, señor mío, que a veces se observan coincidencias muy particulares.

VALAU. (¿Qué hacer? ¡Dios mío! ¿qué hacer?)

DUP. París cuenta con más de setenta mil casas, y precisamente es a la mía donde se le ocurre venir a habitar.

VALAU. (¡No será grave su ronquera!)

DUP. Hay en París más de quinientas mil mujeres casadas, y justamente se viene usted a vivir cerca de la mía. ¿Por qué?

VALAU. (Vocalizando) ¡Ah!

DUP. (¿Qué hace?)

VALAU. ¿A ver? ¿me hace usted el favor de dar esta nota? (Cantando. ¡Ah!

DUP. ¿Por qué no? (Cantando.) ¡Ah!

VALAU. (¡Está claro! ¡Si está muy claro!) (Alegre.) Únicamente en aquel pasaje: ¡ah! ¡ah!

DUP. Un día, por cuasualidad, mi mujer toca unos valses, baja usted a darle las gracias, y vea usted como casualmente entramos en relaciones, por efecto de ese incidente... casual. ¿Eh?

FRAN. (Entrando por el foro.) Señor, el peluquero.

VALAU. ¡Voy! ¡voy!

DUP. Hasta ese criado que yo arrojo hoy de mi casa, se coloca... casualmente, en la suya... ¿Por qué?

VALAU. Hombre, nos había hecho su señora de usted tantos elogios de él...

DUP. ¿Mi mujer? Naturalmente. De ese modo la inteligencia era más fácil. Es ingenioso. ¡Vaya, muy ingenioso!

VALAU. (Este hombre está malo.)

DUP. De modo que la... cosa data de los tiempos de Toupinel.

VALAU. ¿Toupinel? ¿Y usted ha conocido a Toupinel?

DUP. No. Hablo de su esposa. De «la tortolita».

VALAU. ¿Eh?

DUP. «¡La linda tortolita!»

VALAU. ¡Pero... cómo! ¿Usted sabe?

DUP. ¿Le sorprende a usted?

VALAU. ¿Quién le ha dicho?...

DUP. ¡Usted creía que yo no sabía nada!

VALAU. Pero, después de todo, a usted qué...

DUP. Creyó usted, sin duda, que yo era tan imbécil como Toupinel. Pues no señor. Si logró usted engañar a aquel infeliz...

VALAU. No, no; lo juro. No llegué a engañarle; intenté... pero no conseguí nada, créame usted.

DUP. ¿De veras?

VALAU. La muchacha era honestísima y buena.

DUP. Conforme; pero en cuanto enviudó...

VALAU. ¡Ah! Ya eso es otra cosa... Ella quedó libre.

DUP. ¿Llegó a amar a usted?

VALAU. (Con fatuidad.) Me complazco en creerlo.

DUP. (¡Me va a precipitar!) ¡Ah! ¿Lo confiesa usted?

VALAU. Sin duda. (¿Qué tiene este hombre?)

DUP. (¡Me va a precipitar!) Y... ¿ese amor, dura todavía?

VALAU. ¿Todavía? Espero que no acabará sino con la muerte.

DUP. (¡Me precipito!) ¿Y si yo le matase a usted antes, señor mío?

VALAU. ¿Eh?

DUP. ¿Qué diría usted?

VALAU. ¿Después de muerto? No diría nada, seguramente. (¡Le entró la furia!)

DUP. (¡Calma, Sebastián, calma!) Tranquilícese usted. No me mancharé con su sangre.

VALAU. Hará usted bien, eso no es limpio. (Procuraré no llevarle la contraria.) Con permiso de usted, el peluquero me aguarda.

DUP. Tengo bastante con esa cínica confesión que acaba usted de hacerme. Los tribunales decidirán.

VALAU. Sí... sí... (Con tal que cante esta noche...) Los tribunales... perdone usted, el peluquero... con permiso. (**Vase.**)

DUP. ¡Y pensar que ese infame se ha prendado de un mentecato como este! ¡Ah! aquí está el otro!

ESCENA IV

DUPERRON y MATEO

DUP. ¡Mateo! ¿Qué vienes a hacer aquí?... ¿Con qué derecho te permites entrar en esta casa?

MAT. ¡Hombre, no te incomodes! Vengo... (Quiera Dios que le convenza.) Vaya, confiésame que has caído en el lazo.

DUP. ¿En qué lazo?

MAT. Que has creído a pies juntillas todo lo que

te he dicho esta mañana a propósito de tu mujer, de la viuda Toupinel.

DUP. ¡Ah! ¿Sabes ya que mi esposa?...

MAT. ¡Pero, inocente! ¿No has adivinado que era una venganza por haberte casado sin mi permiso?

DUP. ¡Ya!... De modo que todo lo que me contaste de ella...

MAT. ¡Broma! ¡Pura broma!

DUP. ¿Sí, eh?

MAT. ¡Ya lo creo! Es cierto que la conocí en Tolosa, y hasta que le hice la corte en vida del otro, pero no pasó de ahí.

DUP. No lograste nada, ¿eh?

MAT. Nada, chico.

DUP. Claro; ella sería una mujer buena y honesta.

MAT. ¡Honestísima!

DUP. Sí, sí; ya lo sé, acaban de decírmelo.

MAT. Te lo juro.

DUP. Pues ¿no me has dicho tú mismo que Valaury?...

MAT. ¡Hombre!... yo te he dicho...

DUP. Tú me lo has asegurado.

MAT. Bueno. Pero no ha sido más que una suposición. Algo ha podido haber, pero yo no he visto nada.

DUP. Pues él acaba de confesármelo hace un momento.

MAT. ¿Eh?

DUP. Que se amaban y que seguirán amándose hasta morir.

MAT. (¡Qué animal!) ¿El te lo ha dicho?

DUP. Como lo oyes.

MAT. ¿Y no le has reventado?

DUP. No; necesito adquirir más pruebas. Cuando las tenga, los tribunales decidirán. El divorcio...

MAT. ¡Vaya, vaya! No te precipites, Sebastián; sé prudente.

DUP. Entre tanto yo no la pierdo de vista.

MAT. ¿Y por qué la has traído aquí?

DUP. ¡Porque estaba decidida a subir!

ESCENA V

Dichos, VALAURY y después ANGELA

VALAU. ¡Hola, el capitán! (Ya está más tranquilo.) (Por Duperron.) ¿Está usted mejor?

MAT. Sí: y deseando hablar a mi amigo Sebastián me he tomado la libertad de subir.

VALAU. Y ha hecho usted muy bien. Si quiere usted quedarse y asistir al concierto de esta noche...

MAT. ¡Imposible! Un asunto urgente... pero agradezco su atención.

VALAU. (Me alegro.) Vaya, pues con permiso de ustedes voy al salón; me espera Valentina para ensayar (Entra segunda derecha.)

DUP. (Va a buscar a mi mujer. No los perderé de vista.) (Entra segunda derecha.)

MAT. Si ese imbécil me hubiera dicho esta mañana que se había casado con «la tórtola», no hubiera yo cometido la indiscreción de contarle... ¡Ah! aquí viene.

ANG. (Por la primera izquierda en traje de soirée.) (¿El capitán aquí? ¡Ah! ¡qué pesadez!) Tengo que hablar con usted.

MAT. Y yo también, señora.

DUP. (Saliendo segunda derecha.) Oye, Mateo.

ANG. (A Mateo.) (¡Silencio!)

MAT. (¡Su marido!)

ANG. (Haga usted que se va.)

MAT. (Con sorpresa.) ¡Ah! bueno, bueno.

DUP. (Observando a los dos.) (¡Hola! ¡hola! ¡hola!)

MAT. (A Duperron.) (Vete.)

DUP. ¿Te estorbo?

MAT. (Quiere hablarme. No tengas cuidado. ¿Lo permites?)

DUP. ¿Yo? ¡ya lo creo! Y si quieres complacerme, te suplico que le hagas el amor.

MAT. ¿Qué? Quieres que yo...

DUP. Sí.

MAT. ¡Pero hombre!

DUP. Así resultará Valaury engañado también, y esa será mi venganza.

MAT. ¡Ah, vamos! Prefieres que sea yo el que...

DUP. Eso es; ¡anda con ella, valiente! **(Entra segunda derecha.)**

ESCENA VI

MATEO y ANGELA

MAT. (Prefiere que su mujer me quiera a mí, con tal de que no haga caso al otro... ¡Oh! ¡qué misterios encierra el corazón humano!) Señora.

ANG. **(Con severidad.** ¡Caballero, ruego a usted que no vuelva a acordarse de mí.

MAT. ¡Angela!

ANG. Estoy casada; mi marido me adora, y no estoy dispuesta a escuchar sus majaderías como en tiempo de Toupinel. Mi marido ignora que usted me pretendía...

MAT. Se equivoca usted de medio a medio. Lo sabe todo.

ANG. No es posible.

MAT. Y yo debo advertírselo a usted.

ANG. ¿Pero quién le ha dicho?...

MAT. Yo.

ANG. ¿Usted?

MAT. Inocentemente, por supuesto... Algo exageré... perdone usted, no quise pasar a sus ojos por un cándido.

ANG. ¡Muchas gracias!

MAT. Usted tiene la culpa.

ANG. ¿Yo?

MAT. Si usted me hubiera dicho, cuando la encontré esta mañana, con quien se había casado...

ANG. ¿Y quién le ha dado a usted derecho para calumniarme, caballero? ¡Es usted un miserable!

MAT. ¡Señora!

ANG. Sí, sí, lo repito. Me ha perdido usted. ¿Mi esposo se habrá indignado contra mí?

MAT. No está muy contento que digamos. Dice que va a hacer... y a acontecer...

ANG. ¿Qué va a hacer?

MAT. Habla de tribunales... de divorcio...

ANG. ¡Dios mío! (Y todo por la maldita idea de Toupinel de hacerme pasar por su esposa.)

MAT. Sin embargo; todo hubiera podido arreglarse si su conducta de usted fuese actualmente irreprochable.

ANG. Y lo es, señor mío; lo es; usted me insulta.

MAT. No señora, lo que veo es que no le inspiro a usted confianza.

ANG. ¿Como?

MAT. Vamos, con franqueza: ¿usted no ama a Valaury?

ANG. ¡Con toda mi alma!

MAT. ¿Y no se siente usted con fuerzas para abandonarle?

ANG. ¿Abandonarle? ¡Eso jamás!

MAT. Entonces no hablemos más, señora.

ANG. ¿Pero qué dice usted?

MAT. El solo medio de aplacar a su marido de usted es romper para siempre con Valaury.

ANG. ¿Qué?

MAT. De este modo... Solamente de este modo podría usted alejar ese divorcio, que avanza sobre usted a paso de carga.

ANG. (¡Ay Dios mío! ¡este hombre está malo!) Capitán, ¿por qué no va usted a acostarse?

ESCENA VII

Dichos. VALAURY

VALAU. Tendremos un éxito, de seguro.
ANG. (Abrazándole.) ¡Hércules! ¡Hércules mío!
VALAU. ¿Qué te pasa?
ANG. ¡Júrame que no me abandonarás nunca!
VALAU. ¿Eh?
ANG. ¡Júrame que no nos separaremos nunca!
VALAU. ¿Pero quién piensa en eso? (La abraza.)
MAT. ¡Qué descaro! ¡Y el marido allí!
VALAU. ¿Pero a qué viene esto otro? ¿Quién ha podido sugerirte tal idea?
ANG. El señor.
VALAU. ¿El capitán?
MAT. Bueno, bueno; supónganse ustedes que no he dicho nada.
VALAU. ¿Y usted por qué se ha permitido?...
ANG. Ya comprendo: está celoso de nuestra dicha.
MAT. Confieso que he hecho mal en mezclarme en asuntos de familia. Pero tranquilícense ustedes. Amense o no se amen, abandónense o no... yo me lavo las manos.
VALAU. ¿Pero quién le mete a usted?...
ANG. ¿De modo que me amas, no es cierto? ¿Me amas como siempre?
VALAU. ¡Con todo mi corazón! (Se abrazan.)
MAT. (¡Qué desvergüenza!)
VALAU. Para probártelo, verás: Si el concierto alcanza el premio que yo deseo, nos iremos en seguida a Italia. ¿Querrás, bien mío?
ANG. ¡Oh! sí, sí!
MAT. (¡Un rapto!)
ANG. ¡Qué bueno eres!
MAT. Pero... ¿y Sebastián?
VALAU. ¿Sebastián?... Se quedará en su casa.
ANG. O donde quiera.

MAT. ¡Oh!...

VALAU. ¡Y a nuestra vuelta nos iremos a vivir a una casita de campo!

ANG. ¡Qué placer!

MAT. (¡No he visto cosa igual!)

VALAU. ¡Verás qué felices viviremos! ¡Con qué ardor trabajaré para ti!

MAT. Pero... ¿y Sebastián?

VALAU. ¡Y dale con Sebastián! ¿Usted cree que nos hace falta Sebastián para nada?

MAT. Bueno, bueno. No hablemos más. Dígame usted, señor de Valaury... ¿No podría usted dar orden para que me dieran un caldo?

VALAU. ¿Qué?

MAT. Me encuentro algo débil, efecto del ataque de esta mañana, y

VALAU. ¡Por Dios, capitán! No se nos vaya a poner enfermo aquí. Vaya usted, vaya usted al comedor, y pídale a Rosalía lo que desee.

MAT. No sé si me atreva a abusar...

VALAU. Sí, sí, atrévase usted. Vamos, yo mismo le acompañaré.

MAT. ¡Oh, no se incomode usted! ¡Yo acertaré! ¿Es por aquí? (Señalando el foro izquierda.)

VALAU. Sí, al final de ese corredor.

MAT. Gracias, gracias. Vuelvo al punto. (Pues señor; ellos se arreglen como quieran. Yo ni entro ni salgo.) (Vase.)

ESCENA VIII

VALAURY. ANGELA; luego FRANCISCO, DUPERRON y VALENTINA

FRAN. Señora: el repostero está preparando el refresco en el comedor.

ANG. Allá voy. (A Valaury.) Vístete ya, que son las nueve.

VALAU. ¡Oh! ¡qué emociones tiene la vida del artista! (**Vase primera derecha.**)

ANG. (**Mirando a la pared del foro**) ¿Pero aun no han puesto el retrato en su sitio? ¡Francisco!

FRAN. ¡Señora!

ANG. Traiga usted el retrato del señor Toupinel y cuélguelo usted ahí. (**Sale foro.**)

FRAN. (**Sorprendido.**) ¿El retrato de mi amo? ¿Y cómo sabe que lo tengo yo? ¡Ah! ¡vamos! se lo habrá dicho la señora de abajo. No tengo inconveniente en prestarlo, pero bien podía haberlo pedido con mejores formas.

VALENT. (**Seguido de Duperron.**) ¡Se necesita mucha paciencia para sufrirle a usted!

FRAN. ¿A mí?

VALENT. No; retírese usted.

FRAN. ¡La tempestad arrecia!

ESCENA IX

VALENTINA y DUPERRON

VALENT. Yo no puedo vivir así; no puedo. Basta de reticencias y de frases ambiguas. Si tiene usted algo que decirme, dígalo de una vez.

DUP. Bueno: pues ya que usted lo quiere, voy a explicarme sin rodeos.

VALENT. ¡Gracias a Dios!

DUP. Usted me ha asegurado que nunca se separó de Toupinel.

VALENT. (¡Ah!)

DUP. Que le acompañaba en todas sus excursiones... y particularmente en las que hacía a Tolosa. Pero usted me ocultó siempre cuidadosamente el interés que a usted la obligaba a esos viajes.

VALENT. ¿El interés?

DUP. Interés que conozco.

VALENT. ¡Ah! ¿Es decir que usted sabe por qué iba yo a Tolosa?

DUP. Lo sé.

VALENT. ¿Y por qué? ¿Quiere usted decírmelo?

DUP. ¡Con mucho gusto, «tortolita»!

VALENT. ¿Tortolita? No comprendo...

DUP. Ya me figuraba yo que no lo comprendería usted... Pues bien, señora: ¡usted iba a Tolosa a reunirse con Mateo... y los otros!

VALENT. ¿Mateo?

DUP. Sí; el capitán Mateo, del ochenta y seis de línea. Puede ser que no le conozca usted. (Con ironía.)

VALENT. Positivamente, no.

DUP. Se dice, sin embargo, que no se aburrían ustedes mucho en aquel pueblo.

VALENT. ¿En Tolosa? Vaya, puesto que es preciso, prefiero confesarlo. No he estado allí en mi vida.

DUP. La han visto a usted.

VALENT. ¿A mí?

DUP. A usted.

VALENT. ¿Quién?

DUP. ¡Mateo!

VALENT. Pero ¿quién es Mateo?

DUP. Además, usted misma me aseguró esta mañana que acompañaba siempre a su esposo.

VALENT. Pues bien, le engañé a usted.

DUP. ¡Ya lo sé! Y sigue usted engañándome.

VALENT. No. Ahora digo la verdad. ¡Jamás! ¿Lo oye usted bien? Jamás acompañé a Toupinel a ninguna parte. Yo permanecía siempre en París, sola y confiada, mientras que él se marchaba a pasar lejos de mí una vida alegre y criminal.

DUP. ¡Ya! ahora resulta que el culpable era Toupinel, aquel honrado Toupinel de quien usted me ha hecho tanto elogio.

VALENT. ¿Pero no me cree usted?

DUP. Señora... ¿y Valaury?

VALENT. ¿Valaury?

DUP. ¿Me negará usted que la ha galanteado en tiempo de su primer esposo?

VALENT. ¿Otra invención?

DUP. Acaba de decírmelo él mismo... aquí, hace un instante.

VALENT. ¿Pero si sólo lo conocemos hace quince días.

DUP. ¿No lo había usted visto hasta ahora?

VALENT. Nunca.

DUP. ¿Y Mateo?

VALENT. ¡Pero Dios mío! ¿quién es Mateo? Enséñemelo usted... Que yo le vea al menos.

DUP. ¿Yo? ¿no le tiene usted ya bien visto?

VALENT. Repito a usted que no le conozco.

DUP. Esta mañana ha hablado usted con él.

VALENT. ¿Dónde?

DUP. En la calle.

VALENT. ¿Yo?

DUP. Y le ha dado usted parte de su nuevo enlace.

VALENT. ¡Falso!

DUP. ¡Señora!

VALENT. ¡Caballero!

ESCENA X

Dichos. ANGELA, luego ROSALÍA

ANG. ¡Ah, señores!... ¡perdón!... creo que molesto...

VALENT. De ningún modo.

DUP. Estábamos hablando...

ANG. Acaban de traer el otro piano. ¿Quiere usted indicar el sitio dónde lo han de colocar?

VALENT. Me es igual; pero en fin... **(A Duperron.)** Conque ese Mateo... **(Va hacia la segunda derecha.)**

DUP. Voy a ponérselo a usted cara a cara. **(Siguiéndola.)**

VALENT. ¿De veras?

DUP. Al instante.
VALENT. Le desafío a usted.
ANG. (Tiene razón mi marido, a estos señores les pasa algo.)
DUP. Perdón, señora: ¿podría usted decirme dónde está Mateo?
ANG. ¿El capitán? En el comedor, tomando una taza de caldo.
DUP. Mil gracias. (Saliendo foro derecha.) (Voy a buscarle.)
ROSAL. Señora: ¿qué se va usted a poner al cuello?
ANG. El collar de escarabajos de oro.
ROSAL. Está bien. (Sale primera izquierda.)
ANG. (Entra segunda derecha.) Sí, sí, señora; ahí estará mejor, junto a la chimenea.

ESCENA XI

VALAURY, luego FRANCISCO, VALENTINA y ANGELA

VALAU. (De frac, con el otro retrato de Toupinel.) Se me ha olvidado traer a su sitio ese retrato y mi Angela puede disgustarse. (Lo cuelga en la pared del fondo a la derecha.) Y es particular: ¡desde que sé que no vale más de doscientos francos, esta pintura me resulta horrorosa!
ANG. ¡Hércules!
VALAU. Mira, hija mía: ya está eso en su sitio.
ANG. ¡Ah, sí! Muchas gracias. Ven a darnos tu opinión.
VALAU. (Acercándose a la segunda derecha.) ¡Ah, para colocar el piano! Sí, sí; pues yo creo... (Vase.)
FRAN. (Saliendo foro izquierda con el primer retrato.) ¡Ven, noble señor! ¡ven a embellecer con tu presencia...! (Viendo el otro.) ¡Calla! ¡Si hay ya uno! ¡Ah! ahora me acuerdo de que Rosalía me dijo... Sí, sí; y es él, no cabe duda. (Colgando el suyo en la misma pared a la izquierda.) Sería amigo de estos señoritos. ¡Y qué alegre está

aquí! Esto es: Toupinel riendo y Toupinel llorando. Es una linda pareja.

ANG. (Seguida de Valentina.) ¡Francisco!

FRAN. ¡Señora!

ANG. Ayude usted al señor a encender la araña y los candelabros.

FRAN. Al momento. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XII

ANGELA. VALENTINA

ANG. Sí; parece que su esposo de usted no está muy de buen humor.

VALENT. No me hable usted, amiga mía; ¡si usted supiera la escena que hemos tenido hace un momento! Decididamente, voy creyendo que una viuda no debe volver a casarse nunca, si quiere vivir tranquila.

ANG. No, amiga mía; no soy de esa opinión, ciertamente, y aseguro a usted que no me pesa haberme casado con Valaury.

VALENT. Pero ¿usted ha sido viuda también?

ANG. Sí, señora; y soy tan dichosa con el segundo como lo fuí con el primero.

VALENT. Pues ha tenido usted suerte.

ANG. ¡Ya! El señor Duperron...

VALENT. El señor Duperron es un marido... como todos los demás. Un marido que se gasta ocho mil francos en un collar... que no es para su mujer...

ANG. ¡Oh! ¡Eso es indigno!

VALENT. En fin, paciencia. Mañana sabré por fin a qué atenerme. En cuanto al otro, era más sencillote. El otro se contentaba con engañarme una temporadita cada seis meses.

ANG. ¡Qué hombres! ¡El mío era muy bueno! ¡Tan amable! ¡Tan cariñoso! ¡Nunca me dió el menor motivo de queja.

VALENT. ¡Qué felicidad!
ANG. ¿No ha visto usted su retrato?
VALENT. No.
ANG. Mírelo usted. (Viendo los dos retratos.) ¡Ah!
VALENT. ¡Gran Dios!
ANG. ¡Hay otro!
VALENT. ¡Toupinel!
ANG. ¿Cómo?
VALENT. ¿Pero era ese... era ese, su primer marido?
ANG. Ese.
VALENT. ¿Y usted vivía con él en Tolosa?
ANG. ¡Justo! ¡En Tolosa!
VALENT. Luego es usted... usted...
ANG. No comprendo...
VALENT. ¡Yo soy la viuda de Toupinel, señora!
ANG. ¿La viuda de Toupinel?
VALENT. ¡Yo misma!
ANG. Pero ¿era casado?
VALENT. ¿Usted lo ignoraba?
ANG. Completamente. ¡Por eso no casó conmigo como me lo había prometido!
VALENT. ¿Sí? El le ofreció...
ANG. Casarse, si señora. Yo era huérfana: él era mi protector, y para hacerme respetar me presentó allí como esposa suya, ofreciéndome realizar esto más adelante. Murió sin cumplir su promesa y legándome por herencia una dudosa reputación: me ha hecho la fábula del país y ha echado sobre mí un borrón que... lo juro, señora, lo juro, no tiene el menor fundamento.
VALENT. Lo creo. ¿De modo que usted es «la tortolita».
ANG. Yo soy.

ESCENA XIII

Dichas, ROSALÍA

ROSAL. ¡Aquí está el collar de escarabajos, señora!
VALENT. (¿Cómo?)
ANG. Bueno, retírese usted. (**Se pone el collar. Vase Rosalía.**)
VALENT. (¡El collar! ¡Dios mío! ¡Sebastián también! ¿Pero, qué mujer es ésta?) ¿Quién es usted, señora?
ANG. ¿Qué dice?
VALENT. ¿No se ha contentado usted con el primero? ¿Necesitaba usted también el segundo? ¡Todos!... ¡Todos! ¡Responda usted! ¿Ha sido mi esposo el que le ha regalado ese collar?
ANG. Sí, señora.
VALENT. (¡Ah infame Sebastián! Ahora no me lo podrás negar.)

ESCENA XIV

Dichos. DUPERRON y MATEO

DUP. ¡Señora! ¡Aquí tiene usted a Mateo!
VALENT. (**Dándole un bofetón.**) ¡Y aquí tiene usted su merecido!
MAT. (¡Delante de su esposa!)
DUP. (**Furioso.**) ¡Me ha pegado! ¡Me ha pegado!
VALENT. ¿Conque regala usted alhajas a esta señora?
DUP. ¿Yo?
MAT. (¿Y a ella qué le importa?)
VALENT. Ese collar; no lo niegue usted. Yo he encontrado la factura en el bolsillo de su paletó.
MAT. (¡Un collar!)

ANG. ¡Calla! Se figura...

DUP. ¡La factura! Cierto, sí, esta mañana la he recibido, pero tiene tres años de fecha; es del tiempo de Toupinel y no está pagada todavía.

ANG. ¡Exacto!

DUP. ¿Y tú me maltratas... por él?

MAT. ¿Pero quién es esta señora? (Por Valentina.)

DUP. Ahora te haces de nuevas, ¿eh? ¿No sabes que es mi mujer?

MAT. ¿Tu mujer? ¡Anda, embustero!

DUP. ¿Eh?

MAT. ¿Pues y esta otra? (Por Angela.)

ANG. Yo soy la señora de Valaury.

ESCENA XV

Dichos. VALAURY; luego FRANCISCO

MAT. ¿Qué? ¿Pues no me dijiste que te habías casado con la viuda Toupinel?

VALAU. ¿La viuda Toupinel?

VALENT. Sí; pero ahora resulta que somos dos viudas.

LOS TRES ¿Dos?

LAS DOS (Señalando los retratos.) Miren ustedes.

LOS TRES ¡Ah!

DUP. ¿Qué significa esto?

VALENT. (A Duperron y Mateo.) (Esto significa que Toupinel tenía dos mujeres: una legítima en París y otra supuesta en Tolosa.)

MAT. (A ella.) («¡La tortolita!»)

DUP. (Id.) (¡Angela!)

VALENT. ¡La misma!

DUP. ¡Entonces no eras tú,... la... la...!

VALENT. (A Duperron.) No, simple, no: era la otra.

DUP. ¡Oh, qué alegría! ¡Oh, qué ventura! ¡Valentina! ¡Tortolita mía! pégame otro cachete. ¡Lo merezco!

VALENT. ¡Sebastián!

DUP. ¡Te presento a Mateo!

VALENT. ¡Bien me ha hecho usted sufrir, sin querer!

MAT. ¡Lo deploro, señora, con toda el alma!

ANG. (A Valaury.) ¡Hércules mío! ¡Qué protección la de Toupinel!

VALAU. ¡Dios le perdone! ¡porque lo que es yo, no le perdonaré jamás!

DUP. En cuanto al concierto, amigo Valaury, usted comprenderá...

VALAU. ¡Mi concierto! ¡Mi concierto se lo llevó la trampa! El bribón de mi criado Faustino, a quien despedí hace días, me escribe diciéndome que se ha vengado de mí rompiendo todas las invitaciones que le mandé repartir.

ANG. Francisco: apague usted las luces y descuelgue usted esos retratos. Se los regalamos a usted.

FRAN. ¿Los dos? ¿Y qué voy a hacer con los dos? ¡Ah! ¡Ya sé! venderlos.

DUP. (Al público.) Como estamos en París—y no es aquí muy usual—pedir aplauso al final, —me callo; mas si aplaudís—no nos ha de sonar mal.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La ola gigante
3. El señor conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes.
5. El sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El rey
12. Prisionero de Estado o la corte de Luis XIV
13. Los miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage

Pasa la ronda

24. Magda
25. El papá del regimiento
26. El alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El rey Lear
30. Espectros
31. Las cigarras hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenales

¡Justicia humana!

41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral

Amor de amar

45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El místico
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o el Claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores
70. Huyendo del nido
71. Nuestra Señora de París
72. Ana Karenine
73. Margarita de Borgoña
74. El soldado de chocolate
75. La máquina humana
76. El ladrón
77. El judio errante
78. La Nazarena
79. Las Máscaras
80. El difunto Toupinel

Precio: DOS pesetas